COLECCION
HISTORICA
DEL
ANARQUISMO



★

EDICIONES

tierra y libertad

MEXICO, D. F.

**B. CANO RUIZ**

# Excursión sobre los Fundamentos Históricos del Anarquismo

**GEORGE WOODCOCK**

# Albores del Anarquismo

Introducción de

**VICTOR GARCIA**







Tomo primero

de la

COLECCION

HISTORIA

DEL

ANARQUISMO

B. CANO RUIZ

# EXCURSION SOBRE LOS FUNDAMENTOS HISTORICOS DEL ANARQUISMO

•

GEORGE WOODCOCK

# ALBORES DEL ANARQUISMO

Introducción de
VICTOR GARCIA



COLECCION HISTORIA DEL ANARQUISMO

Editado en 1961 por 


Netzahualcóyotl, 54, México, D. F.

Impreso en "Impresora y Editora Mayo, S. A."
Prolongación de Manuel M. Flores, 281, México, D. F.

## NOTA EDITORIAL

ESTE primer tomo de la "Colección Historia del Anarquismo", que con él iniciamos en **Ediciones Tierra y Libertad**, es la recopilación de dos trabajos que bucean en los fundamentos históricos que hoy podemos encontrar en un estudio integral del anarquismo. El primero de estos trabajos se debe a la pluma de B. Cano Ruiz, y es el texto, revisado y ampliado expresamente para este tomo, de una conferencia dictada en México en el año 1959. Esta conferencia, a su vez, es un extracto reducido y sustancial de un grueso volumen sobre los fundamentos históricos del anarquismo en el cual B. Cano Ruiz trabaja actualmente. Esta conferencia tiene el peculiar mérito de apuntar la existencia de raíces históricas del anarquismo que los anteriores historiadores nuestros ignoraban o habían desdeñado. En esta labor se establece cierto paralelismo con el valiosísimo trabajo histórico que viene desarrollando Víctor García al hurgar en las raíces anárquicas que hay en el viejo pensamiento oriental, donde tampoco se habían introducido nuestros historiadores más capacitados. Los esfuerzos que estos compañeros realizan en la actualidad tienen una honda significación valorativa como aportación a los empeños que los grandes maestros del anarquismo han tenido siempre por encontrar fundamentos de toda índole

donde asentar las concepciones del anarquismo. Bajo ese carácter hemos incluido el trabajo del compañero Cano en este tomo. El segundo de los trabajos que integran este volumen de nuestra nueva colección se debe a la pluma del compañero George Woodcock, escrito expresamente para nuestras ediciones, y en el que se estudian algunos aspectos interesantísimos de los albores del anarquismo en Inglaterra. Tampoco se había estudiado el movimiento anarquista o anarquizante de los "diggers" como en este trabajo lo hace Woodcock. En ninguna de las historias del anarquismo que conocemos se analiza tan concienzudamente como lo hace Woodcock el pensamiento y la acción esencialmente libertarios de esos revolucionarios anteriores a la Revolución Francesa. Por esa razón hemos estimado que se beneficia a la bibliografía y al estudio histórico del anarquismo al presentarlo en este primer tomo de esta colección destinada a publicar nuevos y valiosos estudios sobre las profundas raíces históricas del anarquismo.

Para esta misma colección tenemos en cartera un precioso original debido a la pluma del compañero japonés T. Yamaga, donde se estudia el pensamiento de Lao Tsé como uno de los más viejos precursores del pensamiento anarquista y como uno de los más grandes pensadores orientales. También Víctor García está preparando para esta misma colección un estudio sobre las raíces del pensamiento anarquista en la antigüedad oriental.

**Ediciones Tierra y Libertad** espera contribuir con esta colección a ese esfuerzo que el anarquismo internacional realiza por darle fundamentos cada vez más sólidos a las concepciones anárquicas.

## INTRODUCCION

HAY una cierta discrepancia en el campo anarquista cuando se trata de fijar el origen de las ideas ácratas. George Woodcock, por ejemplo, en sus "Albores del Anarquismo", que se publica en este volumen, se muestra partidario de soslayar toda la gama de atisbos libertarios que eslabonan la Historia desde sus comienzos, y prefiere, para evitar "cierta confusión existente entre algunas actitudes que radican en el núcleo mismo del anarquismo a la par que en otros credos (fe en la honradez esencial del hombre, deseo de libertad individual, rebeldía ante la dominación)" un comienzo reciente que coloque al ideal ácrata, desde un principio, en una doctrina políticosocial moderna. Alain Sargent y Claude Harmel, en su interesante **Histoire de l'Anarchie** afirman textualmente que este sumergirse en el pasado "Ce sont lá des jeux,

propres a égarer la recherche". "Estos son juegos propios para extraviarse en la búsqueda".

Por el contrario, Kropotkin se lanza conscientemente mucho más allá de la historia y en aras a buscar argumentos en que pueda apoyarse su fatalismo boviano: "anárquico é il pensiero e verso l'Anarchia va l'Istoria", nos lleva a los irracionales y a los primeros habitantes de nuestro planeta. Sus dos obras **Apoyo Mutuo** y **Etica**, y muy especialmente la primera, son un remontar medular con la misma función, en cuanto a moral y sociología, que la de Darwin en cuanto a antropología y ciencias naturales: una genealogía perfecta hasta colocar al ser humano en su condición de "Homo Sapiens" y de ente "condenado a ser libre", como señalan Sartre y Ortega y Gasset.

Del mismo parecer es Max Nettlau en su hermoso estudio **La Anarquía a través de los tiempos** cuando nos conduce, con mano segura y firme, desde los mismos albores de la historia hasta nuestros días. Igual podemos señalar de Rudolf Rocker, quien a través de su monumental obra **Nacionalismo y Cultura**, que ha sido estimada por Lewis Mumford como imprescindible y necesitando "doble énfasis hoy, cuando una forma u otra de despotismo totalitario

tienden a abarcar las esperanzas, las obediencias y las posibilidades de la sociedad humana" nos sumerge también en el arcano histórico.

Ambos puntos de vista son estimables y, felizmente, no han levantado polémicas zahirientes. No hay duda que el anarquismo moderno es obra de la sociedad moderna y sus aportaciones técnicas y científicas. Los que han amado la libertad en el pasado no podían imaginarse nuestro mundo y hasta dónde nos llevaría la inteligencia creadora. —y destructora— del ser humano.

Los habitantes de la Hélade, los forjadores de "la levadura, no sólo de la democracia, sino de la más noble cultura habida: la libertad griega", como dice Luis Franco, tenían unas limitadas nociones de la libertad, y sus más grandes pensadores, tales como Platón y Aristóteles, forjadores de utopías, no vislumbraban la desaparición de la esclavitud, y es posible que cuando el estagirita decía que el esclavo desaparecería cuando la lanzadera y el martillo trabajaran solos, trataba, no de vaticinar el automatismo, sino de establecer una conformidad sobre algo que tenía que ser permanente.

Muchas veces nos sentimos conmovidos por el pensamiento de algunos de aquellos fi-

lósofos que tanto anticiparon, en ética y en ideales, pero difícilmente podemos suscribir la totalidad de su pensamiento, porque la marcha del tiempo ha aportado nuevos y nuevos retoques al ideal de la libertad, minimizando la importancia del pensamiento de antaño.

No se puede objetar la trabazón existente entre el anarquismo moderno y la civilización moderna. Empero, considero que es una renuncia, si no suicida por lo menos imperdonable, el marginar todos los atisbos que la historia, la antropología y la naturaleza en general aportan para demostrar cuán arraigado está en el hombre el sentimiento de libertad, de equidad y de solidaridad, los tres puntos de apoyo básicos de los que arrancan nuestros ideales. Desde Pasteur se ha establecido en forma científica que la generación espontánea no es posible; añadamos que tampoco lo es en el campo de las ideas. De la misma manera que nuestras generaciones cargan el acervo acumulado de cuanto aportaron las que nos han precedido en la vida, principio que con toque de maestro nos explica Kropotkin en su obra **La conquista del pan,** también las generaciones actuales esgrimen una filosofía que es el resultado de todos los pensamientos proyec-

tados en toda la historia hacia la humanidad.

El propio marxismo que, etimológicamente, tiene que tener origen en el siglo pasado, desciende por vericuetos inconfundibles a siglos anteriores y gracias a los jalones que le prepararon, Marx, condimentaba, y con un máximo de ingredientes, su teoría económica-social, descendiendo por una genealogía que va desde Hegel a Han Fei Tsé, pasando por Hobbes y Platón, Ricardo y Manco Capac.

El anarquismo, sin compromisos etimológicos de origen, ya que no se llama proudhonismo, kropotkinismo, godwinismo o bakuninismo, no tiene por qué renunciar a todo el bagaje que la historia nos ofrece y en el que se refleja la inherencia del ideal de la libertad en las entrañas del ser humano.

El arraigo del sentimiento de libertad, que en los griegos eran tan ponderado, rebasaba en aquellas latitudes de los mares Jónico y Egeo el mundo de los mortales y campeaba entre los dioses. La rebelión de los Titanes y la hazaña promoteica convierten a humanos y divinos en seres impulsados por iguales inquietudes.

Bakunin tenía una simpatía única para Lucifer, el rebelde de la mitología bíblica. No hay religión humana en la que no haya un rebelde.

Cuando la historia se hace cargo del asunto y abandonamos la leyenda y las Edades de Oro, añoradas por Don Quijote en el discurso a los cabreros, por Confucio cuando evoca el reino de los Chou, por el Panchatranta indostánico cuando hombres y animales hablan lenguajes que ambos entienden, por los primeros documentos escritos que conoce el hombre, las tabletas sumerias.

Cuando abandonamos estas edades de oro pretéritas y aquellas utopías que la imaginación humana ha creado con Falena y Platón, Campanella y Tomás Moro, Morelly y Dejacques, Fourier y William Morris, Rebelais y Cabet, lo hacemos convencidos de que el hombre ha tratado en todos los tiempos de que la sociedad alcanzara niveles de idealismo con libertad e igualdad máximas y un motor imprescindible para el funcionamiento de estos regímenes anhelados: el de la solidaridad.

Soslayada la leyenda y dentro de la objetividad histórica, el proceso se repite y desde los primeros momentos en que el ser humano deja constancia de sus actos en las tabletas sumerias o en los papiros egipcios ya vemos manifestarse la rebeldía y los deseos de igualdad.

Deseos de igualdad que aparecen tímidos en las tabletas de arcilla de la Mesopotamia, estudiadas por Thorkild Jacobsen del Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, quien en su **Democracia Primitiva** señala "el acta" de una asamblea que tuvo lugar hace 5,000 años en Uruk.

Rebeldía que se hace manifiesta en el papiro de Turín, que nos hace sabedores de la primera huelga registrada en la historia y que tuvo lugar en el año 1170 antes de nuestra era, en Egipto. Una huelga que puso a Ramsés III en aprietos y que duró muchos días, terminando solamente después de haberse satisfecho las demandas de los trabajadores del Valle de los Reyes, en Tebas.

Igualdad, de nuevo, que aparece ahora en la lejana China, cuando nos topamos con el sistema agrario comunal conocido como sistema del "Pozo" al que ya nos referimos en otra ocasión.

Añadamos tan solo, en lo que al sistema del "Pozo" respecta, que una de las fases más interesantes era la solidaridad: ocho familias atendían por rigurosos turnos una parcela o "campo público" cuyos frutos eran destinados

a las ceremonias religiosas, a las viudas, a los huérfanos y a los viejos e inválidos.

Remontar detalladamente la historia y puntear los pasajes que contienen aspectos para nosotros gratos, reclama una obra mucha más extensa que la que ofrece este tomo de la nueva colección que inicia ahora **Tierra y Libertad.** Estos dos estudios que se ofrecen aquí son aportaciones valiosas que sin duda han de servir como datos para un estudio concienzudo y amplio sobre los fundamentos históricos del anarquismo que alguien habrá de realizar en fecha no lejana. El escudriñar, a través de toda la historia arquista, en busca de los pasajes anarquistas, es tarea ímproba, pero necesaria. Es la tarea que se impuso Nettlau y Kropotkin, la que abrazó resueltamente Rudolf Rocker y a la que se aferra en la actualidad Benjamín Cano Ruiz.

En este camino, pues, todas las aportaciones son valiosas, y el campo donde hurgar es amplísimo hoy que las ciencias históricas están poniendo a disposición de los estudiosos materiales que otrora se desconocían.

VICTOR GARCIA.

B. CANO RUIZ

# EXCURSION SOBRE LOS FUNDAMENTOS HISTORICOS DEL ANARQUISMO

**Este texto corresponde a una conferencia pronunciada en 1959, en México, D. F., arreglada y ampliada especialmente por su autor para esta edición.**

# I

## Postulados de anarquismo

HAY muchas personas que piensan que ese magnífico grupo de ideas que integran el anarquismo ha surgido por generación espontánea en el pensamiento de los grandes maestros de este ideal, desde Proudhon acá, Algunos de nuestros grandes pensadores han tratado de hacer comprender que la esencia misma del anarquismo se pierde en la perspectiva de los tiempos. Empero, incluso investigadores e historiadores de la sociología, de reconocida solvencia y seriedad, abundan en la idea que expresamos primero, dándole un origen recientísimo al pensamiento anarquista. En esta charla nos proponemos demostrar que no es así, sino que el anarquismo tiene unos fundamentos históricos que se pierden en la lejanía de los tiempos.

Ante todo, para comprender bien cuanto vamos a decir en el transcurso de esta plática, es necesario fijar categóricamente cuáles son los postulados base del anarquismo.

Estos postulados base del anarquismo podrían ser:

Primero.—La tendencia suprema de la naturaleza humana se encamina hacia la consecución de los más amplios estadios de felicidad.

Segundo.—Todos los humanos son iguales en derechos y deberes entre sí.

Tercero.—La libertad es un ejercicio imprescindiblemente necesario a la naturaleza humana.

Cuarto.—Por propia naturaleza, la especie humana es sociable, y para el buen desarrollo de su evolución individual y colectiva se hace necesario e imprescindible el ejercicio permanente de la fraternidad y la ayuda mutua.

Quinto.—Las normas de convivencia humana han de tener como base y orientación la consecución, en el mayor grado posible, de esos estadios de felicidad a que la humanidad aspira desde siempre.

Por otra parte, el anarquismo sondea e inquiere sobre la naturaleza del ser humano y sobre la naturaleza del medio en el que el propio ser humano se desenvuelve, para, con arreglo a ellas, encontrar las formas de convivencia que puedan hacer factible la consecución de esos grados de felicidad que representan el anhelo permanente de la humanidad.

Y lo que nos proponemos demostrar es que

las esencias de estos postulados han estado presentes en el pensamiento humano de todas las épocas a la par que esos deseos permanentes de felicidad que han sido el acicate de toda la evolución.

Así, pues, considerando al anarquismo en su esencia y raíz, como ese anhelo inherente a la naturaleza humana de conocerse a sí misma y conocer el medio en el cual se desenvuelve, podemos afirmar que la historia de este ideal comienza a la par que la propia historia del pensamiento humano.

## II

### Primeras inquietudes

Cuando el hombre fue capaz de pensar, cuando alcanzó en la escala zoológica ese peldaño que perfeccionó su cerebro hasta permitirle analizar, comparar y catalogar sus sensaciones para convertirlas en ideas, tal vez la primera labor de ese órgano tan maravillosamente desarrollado fue la fabricación de estas tres interrogantes:

¿Qué soy yo?

¿Qué es lo que me rodea?

¿Cómo debo vivir?

Entonces, cuando el hombre se hizo estas preguntas, que forzosamente hubieron de ir

seguidas de otras muchas, ya que el pensamiento es una interrogante permanente, comenzó a hacer ciencia este animal a cuya especie pertenecemos. Una ciencia balbuciente, claro, porque balbuciente era su pensamiento, y sus limitados y burdos sentidos los únicos medios de que disponía para elaborar esa ciencia. Pero cuando los humanos comenzaron a escarcear en los misterios de la vida, con el anhelo sublime de comprender y dominar esos misterios, entraron en el camino que conduce al conocimiento de esas grandes leyes de la vida que rigen la vida misma. Camino nebuloso como nebuloso era el pensamiento y el vivir todo de aquellos hombres, pero recorrido con inquietudes y emociones tan dignos de admiración y estima como los anhelos y las emociones que nos embargan hoy, cuando ya somos casi **dioses** viajeros por los mundos interespaciales.

De entonces acá. en el transcurso de toda la historia no ha habido momento en que no estuviera presente en casi todas las manifestaciones del pensamiento ese hambre voraz de conocer verdades que impulsa al hombre a las más grandes aventuras de la especie.

Claro es que aun con la intención de buscar verdad el hombre se ha internado por caminos tortuosos y sombríos que le han llevado a errores y aberraciones formidables, hasta el extremo de que el **pensamiento oficial** de casi todas las épocas ha estado impregnado y regido por esas aberraciones y esos errores.

Los más grandes errores y las aberraciones más grandes de nuestra especie han sido las religiones. Con ellas se han intentado explicar todos los misterios de la vida. Y esas aberraciones tuvieron el poder de dominar y orientar la vida humana en casi todos los momentos de la historia. No obstante ello, también hubo en todos esos momentos humanos que intuyeron —porque no podían conocerlo sólo con elucubraciones mentales, que era de lo único de que se podían valer— las grandes leyes naturales por las que debía regirse la vida humana en armonía con su propia naturaleza y la naturaleza del medio en que se desenvuelve. Si no hubiera sido así, si no hubiera habido humanos inconformes en todo momento, el pensamiento y el conocimiento se hubieran estancado al aceptar las primeras explicaciones religiosas que, por serlo, precisamente por ser religiosas, siempre pretendieron ser explicaciones ciertas y absolutas. Por eso, todos los períodos de la historia propiamente dicha —y tal vez los de la antehistoria y la protohistoria— todas las épocas de la humanidad de que tenemos noticia cierta, registran seres que se rebelaron contra las creencias de la época para ofrecer a los problemas de la humanidad soluciones nuevas y, casi siempre, más cerca de las verdaderas soluciones de esos problemas. La historia toda del pensamiento está llena de esos ejemplos.

El hombre primitivo aprendió muchas nor-

mas de vida de los animales, con quienes vivía en comunión estrecha y con quienes había compartido muchos aspectos de su propio vivir. Con frecuencia repartía con algunos de ellos su alimento y su vivienda, y el estudio de su vida, aunque sólo fuese por las impresiones que le causaban las actitudes animales consideradas por él como extraordinarias, constituye la manifestación primera de las ciencias naturales. Nuestros antepasados, viviendo en estrecho contacto con los animales, trasmitieron a sus hijos esa primera enciclopedia verbal práctica que, en forma de leyendas, proverbios y sentencias, estudiaba la sicología animal —porque también los animales tienen una vida sicológica— tomándola como ejemplo de ética y buenas cualidades. Por ese camino, lo primero que el hombre debió observar fue esa enorme aglomeración de tribus animales en las que el sentimiento de igualdad y apoyo mutuo es practicado de manera casi absoluta. No pudo escapársele al hombre de aquellas épocas la presencia en las grandes sociedades de monos, sus más cercanos parientes, de esos grandes principios de igualdad y ayuda mutua en la búsqueda de alimentos, al trasladarse de uno a otro lugar la tribu, al combatir en común contra el enemigo, al apretarse unos contra otros en los días de frío intenso, como cita Kropotkin: "Pero nuestros antepasados —dice el gran sabio ruso en **Etica, origen y evolución de la moral**— que atribuían a los animales un in-

telecto superior al propio, consideraban estos acuerdos como una cosa natural".

Según ese concepto, todos los animales —fieras, pájaros, peces— están en comunión estrecha entre sí. Se advierten el peligro unos a otros mediante signos o sonidos que el hombre no entiende; se informan unos a otros acerca de toda clase de acontecimientos; forman, en fin, una enorme sociedad con sus tradiciones de buena vecindad y hasta de cortesía. Huellas profundas de una concepción semejante de la vida de los animales se conservaron hasta nuestros días en los cuentos y leyendas de los pueblos, y una reminiscencia actual de ello es todo el arte de ese mago del cine llamado Walt Disney.

Estas observaciones hubieron de llevar al hombre primitivo a la idea esquemática de que la ayuda mutua y la igualdad son leyes de la naturaleza que se extienden a todas las manifestaciones de la vida animal. Esto hubo de reforzar el concepto de unidad de la especie humana, adquirido anteriormente, cuando el hombre aprendió a distinguir a su propio semejante de los otros animales, formándose una idea un tanto más compleja de la moral al normalizar su conducta, no sólo con sus semejantes, sino con los animales, sus vecinos inmediatos, y naciendo en él un concepto un tanto más abstracto de estos principios fundamentales de la ética y la justicia.

La influencia que este descubrimiento hu-

bo de tener en el pensamiento de aquellas épocas debió ser decisiva para el porvenir de la humanidad. Por él se llegó a la concepción primera de la unidad de origen que, bastante más tarde, sirvió de base a las extendidas religiones monoteistas para considerar a todos los humanos como hijos de un solo dios e iguales, cuando menos, ante ese dios que los creó. Esa concepción primera de la unidad de origen, considerando al hombre, a la humanidad toda, como producto de una misma causa, que implica, en su esencia, un principio de igualdad, hubo de influir en los conceptos morales de aquellos tiempos y, tal vez, realizó la más grande revolución ideológica de todos los tiempos. En la evolución ideológica en general, la influencia que la idea de unidad de la especie humana ha podido tener en el desarrollo de esta evolución puede compararse a la influencia que el descubrimiento del fuego o la invención de la rueda han tenido en la evolución mecánica e industrial. Cuando el hombre comenzó a considerar al hombre como un su igual, había descubierto una de las más grandes leyes de la naturaleza y había sentado una de las primeras y primordiales piedras de todo el edificio de su ciencia y de su moral.

Claro que ese salvajismo primitivo que hizo considerarse al hombre superior, cuando no único, a los demás hombres, al clan superior a los otros clanes y a los pueblos **elegidos** sobre los otros pueblos, aún perdura y es causa de

tragedias y desastres, como lo demuestran los nacionalismos desenfrenados que estamos presenciando en plena era atómica; pero también perdura la idea de igualdad y ayuda mutua entre los humanos y su influencia ha representado un freno a ese salvajismo desbordante y siempre poderoso.

## III

### La vida primitiva

No dispone la historia de datos ciertos sobre las normas de conducta que debieron regir las primeras sociedades humanas, pero comparando la vida actual de los pueblos más rezagados, de quienes se puede colegir que viven en sus rasgos más característicos como nuestros antepasados de hace diez o doce mil años, se ha llegado a la conclusión de que la vida social, en esos asomos de civilización, estuvo regida de acuerdo a los conceptos esenciales de igualdad y ayuda mutua que ya habían surgido en el pensamiento de aquellos hombres primitivos.

Se cita por los antropólogos que los bosquimamos, que ocupan, tal vez, el más bajo peldaño en la civilización actual y que fueron exterminados apenas el siglo pasado, cuando establecieron contacto con los europeos vivían en pequeños clanes, que a veces se agrupaban en

federaciones, y las normas de vida —la ética— que regulaba su vivir cotidiano puede condensarse en estos puntos:

Primero.—Todos se consideraban fundamentalmente iguales entre sí, no aceptando otra autoridad que la de la experiencia y la edad.

Segundo.—Las labores del sustento: caza, recolección de frutos, etc., se realizaban en común y el producto era propiedad colectiva y repartida equitativamente.

Tercero.—Se profesaban un profundo afecto —no abandonaban jamás a sus heridos, sus ancianos y sus niños— y no disputaban ni reñían seriamente entre los propios elementos del clan.

Cuarto.—Cumplían la palabra empeñada y eran agradecidos. (Virtud poco ejercitada hoy).

Estas cualidades esenciales no forman hábito si no han sido ampliamente ejercitadas en la vida ordinaria, y responden a un concepto ya elevado de la vida.

De los hotentotes, cuyo grado de civilización es también bajísimo, Kolben, uno de los viajeros que más los han conocido, decía:

"La palabra dada es sagrada para ellos. Ignoran por completo la corrupción y la deslealtad de los europeos. Viven muy pacíficamente y raramente guerrean con sus vecinos. Están llenos de dulzura y de benevolencia en

sus relaciones mutuas. Uno de los más grandes placeres de los hotentotes es el cambio de regalos y de servicios".

Estas cualidades que señala Kolben no pueden darse sin un sentido bastante desarrollado de la igualdad y la ayuda mutua.

Los esquimales, cuyas formas de vida actual se asemejan mucho a los del hombre del período glacial, viven un sistema económico basado en el comunismo y se citan casos, como el presenciado por Dall en el río Yukon y que cita Kropotkin, en que el sentimiento de ayuda mutua e igualdad está tan desarrollado que una familia aleutiana que, por las influencias de las relaciones con nuestra civilización, había comenzado a enriquecerse excesivamente, en un festín al que se había convocado a todos los miembros del clan, después de saciarse todos, distribuyeron sus riquezas, concernientes en diez fusiles, diez vestidos completos de pieles, doscientos hilos de cuentas, numerosas mantas, diez pieles de lobo, doscientas pieles de castor y quinientas de armiño. Y una vez realizado el reparto, los dueños de todo aquello se quitaron sus vestidos de fiesta y los repartieron, vistiendo de nuevo sus viejas pieles y dirigiendo a los miembros del clan un breve discurso en el que dijeron que, si bien ahora se habían vuelto tan pobres o más que cada uno de los huéspedes, en cambio habían ganado su afecto y amistad.

Según Kropotkin, tales distribuciones de

riqueza, al parecer, constituyen una costumbre muy antigua que surgió al mismo tiempo que la primera forma de riqueza personal, como medio de restablecer la igualdad entre los miembros del clan, perturbada por el enriquecimiento de algunos. Y Kropotkin sigue opinando que la división periódica de las tierras y el perdón periódico también de todas las deudas, como se señala en algunas oraciones cristianas, reminiscencias también de esas costumbres, existentes en tiempos primitivos en muchos y diferentes pueblos (semitas, arios, etc.), eran, probablemente, una supervivencia de esta antigua costumbre.

Si estas opiniones de Kropotkin se ajustan a la realidad, y no hay razón alguna para dudarlo, la vida del hombre primitivo estaba esencialmente regulada por el sentimiento de igualdad y ayuda mutua, que fueron los primeros grandes conocimientos que el ser humano adquirió y que le sirvieron de contrapeso a ese egocentrismo e instinto de dominio que le acompañó siempre como parte esencial, también, de su naturaleza.

Porque quien cree que la vida primitiva estuvo regida permanentemente por la lucha perpetua de uno contra todos, opinión fortalecida con el darwinismo, parece ser que no se ajusta a la verdadera realidad de lo acontecido en aquellos primeros tiempos de la vida social. En su **Apoyo mutuo** Kropotkin demuestra irrebatiblemente que aunque el mundo presen-

ta al infinito escenas de luchas entre todos los seres que habitan en la tierra, el aspecto contrario ha sido predominante, puesto que la vida misma sería imposible sin la ayuda mutua. "Naturalmente —dice Kropotkin—, sería demasiado difícil determinar, aunque fuese aproximadamente, la importancia numérica relativa a estas dos series de fenómenos, pero si recurrimos a la verificación indirecta y preguntamos a la naturaleza: ¿Quiénes son más aptos, aquellos que constantemente luchan entre sí o, por el contrario, aquellos que se apoyan entre sí?, enseguida veremos que los animales que adquirieron las costumbres de ayuda mutua resultan, sin duda, los más aptos. Tienen más probabilidades de sobrevivir como individuos y como especie, y alcanzan en sus correspondientes clases (insectos, aves, mamíferos) el más alto desarrollo mental y organización física. Si tomamos en consideración los innumerables hechos que hablan en apoyo de esta opinión, se puede decir con seguridad que la ayuda mutua constituye una ley de la vida animal como la lucha mutua. Más aún, como factores de evolución, es decir como condición del desarrollo en general, la ayuda mutua probablemente tiene importancia mucho mayor que la lucha mutua, porque facilita el desarrollo máximo de la especie, junto con el máximo bienestar y goce de la vida para cada individuo, y al mismo tiempo con el mínimo de desgaste de energías, de fuerzas."

Y Martín Buber, en el libro **Caminos de Utopía** añade:

"Lo esencial de todo aquello que ayudó al hombre a salir, por decirlo así, de la naturaleza y, a pesar de su debilidad como ser natural, a mantenerse frente a ella, más esencial aún que el hacer un mundo "técnico" de cosas específicamente configuradas, era que se uniera con sus semejantes para la defensa y la caza, para cosechar y trabajar, y eso de suerte que, hasta cierto punto desde el principio, y luego cada vez más, considerara a los demás, a cada individuo, como seres independientes con respecto a él, entendiéndose así con ellos, dirigiéndoles la palabra y aceptando que ellos se la dirigieran."

Estas disposiciones y citas que acabamos de hacer eran necesarias para apoyar estas dos conclusiones:

Primera: Cuando el hombre se distanció lo suficiente de la animalidad para adquirir ese grado de desarrollo cerebral que le produjo el pensamiento, ya considerado como tal, sintió la inquietud de conocerse a sí mismo, conocer el medio en que vivía y saber su rol en el concierto universal. En ese camino, su primer gran descubrimiento fue apercibirse que pertene-

cía a una especie animal bien determinada por características que en ninguna otra especie se dan. De ahí nació la borrosa idea de igualdad dentro de la especie. Idea borrosa que fue aclarándose a la par que el pensamiento se enriquecía con conocimientos nuevos. En esa idea se encuentra el origen de la ética, que tan compleja es ya en nuestros días.

Segunda: La humanidad, cuando alcanzó las ideas que acabamos de citar, sin apenas esfuerzos, casi voluntariamente, adaptó su diario vivir a las deducciones lógicas de esa idea, con lo que hizo posible la realización de las primeras manifestaciones de la vida en colectividad: familias, clanes, tribus.

Estos dos hechos demuestran que el hombre tiene necesidad de adaptarse a las leyes naturales que rigen su vida y lo hace sin esfuerzos cuando conoce esas leyes y no hay fuerzas bastardas que lo alejan de ellas. Lo que, a fin de cuentas, es uno de los primeros postulados del anarquismo moderno.

## IV

### Las primeras civilizaciones

Ignoramos la magnitud del período que diste desde aquellas primeras manifestaciones de civilización de que hemos hablado hasta las civilizaciones primeras de que tenemos alguna noticia, cuando las familias, los clanes y las tribus supieron unirse en pueblos, cuyo destino englobaba a centenares o millares de individuos. De todas maneras, sea cualquiera esa magnitud, lo que sí parece ser cierto es que ni en ideas ni en modos de vivir hubieron cambios fundamentales en todo el período ese, que pudo ser de muchos más siglos de los que habitualmente imaginamos.

La historia propiamente dicha debe comenzar desde el momento en que hubo algunos humanos que dejaron monumentos, escritos, fechas y nombres. Lo que conocemos de eso no es realmente mucho. Empero, antes, en ese período nebuloso de la protohistoria hubo, con toda seguridad, civilizaciones que ya pueden considerarse como tales por englobar bajo unos moldes generales de hábitos y creencias a números ya considerables de individuos y disponer en beneficio de la comunidad de grados apreciables de ciencias y técnicas. Cuando las condiciones del medio geográfico lo permitieron, los grupos humanos, las familias, los cla-

nes, las tribus, al adquirir conocimiento de la existencia de otros grupos, debieron sentir la necesidad del contacto, unas veces amistoso, otras pendenciero, y debieron establecer puntos de reunión a determinadas fechas, donde los grupos vecinos venían a celebrar intercambios, fiestas y concursos, cuyas reminiscencias perduran aún representadas por nuestros mercados y ferias. Esos puntos de reunión, casi siempre escogidos en los lugares más apropiados, debieron dar lugar al nacimiento de las primeras ciudades, a quienes, después, debieron sentirse ligadas las mismas agrupaciones próximas que las hicieron nacer. Estas primeras ciudades pueden considerarse como la primera piedra de todo el edificio de la civilización actual.

El nacimiento de la ciudad debió llevar implícito el establecimiento de normas de conducta ya mucho más complejas que las que rigieron las primeras familias, clanes y tribus. La vida del individuo en el seno de la colectividad toda debía responder a las necesidades y las exigencias de todos los grupos y las individualidades que le dieron vida.

El primer contacto realmente histórico que la época actual ha tenido con aquellos pueblos lo han establecido los sabios investigadores al descubrir tabletas de tierra cruda cubiertas de signos que no han sido completamente descifrados aún y que datan de unos 7,000 años. Según se deduce de esos descubrimientos arqueológicos y algunos otros que el tiempo nos

impide detallar, en aquellas épocas el hombre aprendió a servirse de la fuerza del viento y de algunos animales con quienes había logrado relaciones amistosas; inventó el carro de ruedas para transportar el producto de su trabajo; el arado, con el que movía la tierra con menos cansancio y más profundamente que con la azada; el bote de vela, con el que podía remontar los ríos con más facilidad y adentrarse de manera considerable en el mar **sin fin;** descubrió las leyes de la física imprescindibles para beneficiar algunos minerales y empezó a medir el tiempo por períodos ya considerables, elaborando un calendario solar casi perfecto.

En aquellas épocas, la porción inferior de la Mesopotamia, aquella región que en la aurora de la historia se llamó Sumer, como debió ocurrir en algunas otras regiones, requirió el esfuerzo de un gran número de trabajadores para convertirse en lugar cuna de una civilización a la que estaban ligados millares de individuos. Entre los cauces de los ríos Tigris y Eufrates se extendía una vasta comarca pantanosa. Los pantanos estaban cubiertos por una maraña de cañaverales gigantescos, mezclados con palmeras datileras. "Esta maraña —dice Gordon Childe— se veía unicamente interrumpida por colinas bajas con afloraciones rocosas o por bancos de arena sedimentada. Pero la vida animal pululaba permanentemente, en tanto que a ambos lados las llanuras, cuya altitud era superior al nivel de las cre-

cidas, permanecían agostadas y estériles durante el prolongado y ardiente verano y el cruel invierno". Y este **caos** primitivo fue convertido en el terreno propicio al florecimiento de las grandes ciudades de Babilonia gracias al trabajo de los protosumerios, quienes drenaron los pantanos, excavaron canales para regar los campos secos, construyeron diques y erigieron colinas y plataformas sobre las que los ganados y los hombres podían resguardarse de las crecidas periódicas y fertilizantes. El interés surgido por estos trabajos y los beneficios que ellos aportaban hubieron de originar el clima favorable al ensanchamiento de la comunidad y hubieron de surgir normas para una cooperación social organizada en una escala cada vez más creciente. Y estas tareas, que siempre implicaban empresas colectivas que beneficiaban al conjunto de la comunidad, únicamente podían realizarse y sobrevivir estando regidas por una ética y un sentido apropiado de la justicia. No se tienen documentos que atestigüen de una manera cierta las normas que orientaban la vida social de aquellos albores de la civilización. A este respecto, Gordon Childe dice: "Incidentalmente, las condiciones de vida en el valle de un río o en otra clase de oasis ponen en manos de la sociedad un poder coercitivo excepcional respecto a sus miembros; la comunidad les puede negar el anhelado acceso al agua y les puede cerrar los canales que riegan sus campos. La lluvia

cae por igual sobre justos e injustos, pero, en cambio, llega a los campos por los canales construidos por la comunidad. Y, aquello que la sociedad ha suministrado, la propia sociedad lo puede también retirar al injusto y destinarlo sólo al justo. La solidaridad social que es necesaria entre los usuarios del riego puede ser impuesta así, debido a las mismas condiciones que requiere". De esta opinión de Gordon Childe se deduce que el miembro de la comunidad se sentía ligado a la misma por los intereses de su propio trabajo y por el temor a perder las ventajas que la vida colectiva le proporcionaba al disfrutar de su parte alícuota en el trabajo comunal. La especialización que forzosamente hubo de surgir en la labor de las grandes obras permitió al miembro de la comunidad el disfrutar de mayores riquezas que en las épocas en que la vida de pequeño grupo obligaba a la autosuficiencia. El individuo que se especializaba en la construcción de aquellas casas semejantes a túneles, hechas de esteras apoyadas con manojos de carrizos, no podía dedicar su tiempo a la agricultura o al pastoreo de los rebaños comunales, igual que el constructor de canales no tenía lugar para construir viviendas; sin embargo, el constructor de viviendas se beneficiaba de la leche y la carne de los rebaños y de los productos de la agricultura asegurada por la construcción de canales. Este mayor beneficio debido a la labor común con un esfuerzo tal vez inferior

al anterior, hubo de llevar al pensamiento de aquellos primeros civilizados ideas muy sólidas sobre las ventajas de la ayuda mutua y sobre la igualdad como raíz primera de la justicia.

En contrapartida, según las mayores autoridades en prehistoria, con estos conocimientos y estas organizaciones comunales ya bastante complicadas surgieron las primeras manifestaciones de la religión y los gérmenes del sacerdocio y el Estado. El hombre, aun siendo ya poseedor de un grado respetable de conocimientos, continuaba dependiendo —como depende aún hoy en un grado también respetable— de los elementos naturales: seguía expuesto a los desastres causados por las sequías, los terremotos, las granizadas y otras catástrofes imprevisibles. En estas condiciones, sin ningún otro conocimiento de estas fuerzas benéficas o desastrosas, según su oportunidad o su magnitud, que el de sus propios resultados, era natural que se tratara de buscar su origen en alguna o algunas voluntades benignas o malignas, según el resultado del acontecimiento. De ahí que la llegada regular de la lluvia que hace crecer el trigo o la cebada y la permanencia del sol vivificante que madura las mieses fuesen obra de algún ser bondadoso, pero igualmente oculto que el otro que originaba por su mala voluntad el desastre de una inundación y la desesperación de una sequía exterminadora. En circunstancias tales, cualquiera que pudiera proclamar con éxito el control

de los elementos debía adquirir un prestigio y respeto inmensos por considerársele en comunicación con aquellas fuerzas fabulosas que controlaban los buenos y los malos elementos de la naturaleza, de quienes, en definitiva, se dependía en absoluto. El descubrimiento del calendario solar, que debieron guardarse para sí los descubridores, permitió a algunos personajes del valle del Nilo predecir con exactitud casi matemática la llegada del río, que es el inicio de todo el ciclo de las operaciones agrícolas. Este simple hecho debe haber parecido mágico y sobrenatural a aquellos ciudadanos primitivos, quienes, a cambio de aquellas predicciones que les garantizaban cosechas más o menos seguras, ofrecieron prebendas y distinciones a los adivinadores, comenzando a torcerse, así, aquel principio de igualdad que el hombre descubrió en los primeros albores de su pensamiento. Según las más serias autoridades en esta materia, los posesores de esos conocimientos astronómicos, hacia unos cuatro mil años antes de nuestra era, hace unos 6,000 años ahora, fungían como administradores de la riqueza comunal de aquellas primitivas ciudades de la Sumeria y, poco a poco, aquellos administradores que estaban en íntimo contacto con las fuerzas ocultas de los dioses, a quienes podían influir para hacer que sus decisiones fuesen benéficas o maléficas, convirtieron a sus dioses en una especie de banqueros que cobraban intereses —siempre demasiado al-

tos— por los préstamos de buen tiempo o abundantes cosechas. Esos intereses, que siempre fueron superiores a las necesidades ordinarias de los administradores o primitivos sacerdotes, representaron la primera acumulación de capital privado en detrimento de la colectividad toda. Y esta acumulación de capital unida al prestigio de su comunión mágica con las fuerzas incógnitas del bien y del mal, hubo de dar origen al poder político, encarnado en la persona del propio sacerdote-administrador. De ahí que, hasta llegar a los tiempos modernos, en que el poder político llega a ejercerse hasta en nombre de la libertad de todos, como sarcasmo indecente, el poder político se ha considerado siempre como un designio del poder divino. Los faraones, considerados como los propios dioses hechos carne: Alejandro de Macedonia, que se creía —o se decía— hijo de dioses; los señores feudales que esclavizaban a sus siervos en nombre de Dios y, quienes esto escribimos, recordamos haber visto las monedas con que comprábamos nuestro chocolate con la inscripción de: "Alfonso XIII, por la gracia de Dios" seis mil años después de que los habitantes de la cuenca del Tigris y el Eufrates creaban las primeras ciudades humanas.

Según estos datos suministrados por los hombres que actualmente se dedican a estudiar seriamente la vida de aquellos antepasados nuestros, en un período muy largo de la prehistoria el hombre supo vivir con arreglo a las

leyes de la igualdad y la ayuda mutua, descubiertas por él en los primeros albores de su pensamiento. Después, con el nacimiento de los primeros errores religiosos, nacieron también los primeros privilegios que, de entonces hasta hoy, luchan por subsistir.

## V

### Leyendas

Empero, a pesar del fuerte poder que siempre han tenido los privilegios mantenidos por los poderes político, religioso y económico también siempre ha permanecido latente en la humanidad aquel principio de igualdad y ayuda mutua que prevaleció anteriormente. Y una prueba de que la idea de justicia no murió ni aun en los períodos de la injusticia más negra, puede ofrecerla, entre otros ejemplos, la milenaria leyenda persa de su héroe Kaueh, citada por Reclus en **El Hombre y la Tierra** y que puede considerarse como el primer gran rebelde entrado en el verdadero campo de la historia, y la revuelta provocada por él como la primera gran revolución que la historia puede registrar. Claro que la fantasía popular ha revestido la epopeya con todos los ropajes del mito y la fábula, pero la persistencia y la precisión con que la trasmite la tradición persa no admite lugar a dudas sobre la autenticidad

del hecho, escueto, desprovisto de la fantasía del pueblo. Según esa leyenda, de cuyo verdadero origen histórico no cabe la menor duda, el monstruoso rey Zoak. que llevaba sobre sus hombros enormes serpientes que sólo se alimentaban de cerebros humanos, ya había hecho trepanar diez y siete hijos del herrero Kaueh, a quien ya no quedaba más que uno, el más joven. Al ser designado éste, el único hijo que quedaba a Kaueh, para el próximo sacrificio, el herrero, con su mandil por estandarte, para significar que era un trabajador y así merecer la confianza de los demás trabajadores, se precipitó sobre Zoak, seguido de una multitud de otros trabajadores que blandían sus respectivas herramientas, también como estandartes, y Zoak, el monstruo, acobardado, huyó hacia la montaña, el histórico Demavend, donde el héroe Freidum lo clavó sobre un peñasco en el volcán.

Esta leyenda de la revuelta encabezada por Kaueh, que aún es símbolo de libertad y justicia en esos pueblos, como la figura de Prometeo en la mitología griega, y todas las figuras que en las religiones y leyendas simbolizan rebeldías en aquellos primeros tiempos de civilización, tienen, en lo más profundo de su simbolismo, la expresión de un ideal de justicia, comprendida ésta como la máxima expresión de la igualdad y la ayuda mutua.

Si se citan como epopeyas loables y justas acciones que tenían como objeto el destruir

desigualdades reinantes y desbaratar privilegios considerados como inhumanos, el hecho implica el que los humanos de aquellas épocas continuaban considerando como esencialmente justo el principio de igualdad, que procuraban restablecer con aquellas acciones de rebeldía.

En los primeros documentos escritos que se conocen, las tabletas sumerias, en el poema "Emerkar y el señor de Aratta" se lee:

"En otro tiempo, hubo una época en que
No había serpiente ni escorpión,
No había hiena, no había león;
No había perro salvaje, ni lobo,
No había miedo ni había terror:
El hombre no tenía rival".

Añoranza que se repite en las tabletas de Lippur que, evocando a la diosa Nanseh, dicen que era:

"La que no conoce la opresión del hombre por el hombre,
la que es la madre del huérfano.
Nanshe se cuida de la viuda.
Hace que se administre justicia al más pobre...
...Para preparar un lugar donde serán destruidos los poderosos,
para entregar los poderosos a los débiles..."
[(1).

(1) Citado por Víctor García en **Tierra y Libertad.** No. 219.

## VI

### Pensamiento y acción en Egipto

En el antiguo Egipto, cuya civilización es sinónimo de poderío despótico y supremo, dado que estaba encarnado, no en un delegado de los dioses, como en otros lugares, sino en el Faraón, que era consiedrado como un dios él mismo, en unos ataudes, (cuya enumeración hecha por los egiptólogos es: B3C, Versos 570-76; B6C, Versos 503-11; BIBO, Versos 618-22, citados por **Braested Dawn of Consciencie** pág. 221), que datan de unos 2,000 años antes de nuestra era, se escribieron estos versos, poniendo en boca del dios supremo lo siguiente:

"Te relato las cuatro buenas acciones he-
(chas por mi propio corazón...
para acallar el mal.
Hice cuatro cosas buenas
en el vestíbulo del horizonte.
Hice los cuatro vientos
para que todo hombre pueda respirar
como todo el prójimo de su tiempo.
Esta es la primera de las acciones.
Hice la gran inundación para que el pobre
tenga derechos sobre ella
lo mismo que el poderoso.
Esta es la segunda de las acciones.
Hice a cada hombre igual a su prójimo.

No les mandé que hicieran el mal,
sino que fueron sus corazones los que vio-
(laron lo que yo dije.
Esta es la tercera de las acciones.
Hice que sus corazones dejasen de olvidar
(el oeste,
para que puedan ser hechas las divinas
ofrendas a los dioses de las provincias.
Esta es la cuarta de las acciones".

En los dos primeros pasajes del texto se expresa que el viento y el agua están al alcance de todos los hombres, sea cual fuere su posición social. Esto, en un territorio en donde la prosperidad dependía del hecho de tener asegurada una participación adecuada en las aguas de la inundación y en el cual el control de las aguas debe haber sido un poderoso factor para colocar a un hombre como dominador de los otros, la garantía de una acceso equitativo al agua significaba una oportunidad igual para todos los miembros de la colectividad que estaba bajo los auspicios del dios, lo que implica una idea ya muy elevada y elaborada de la justicia en el sentido en que la interpreta el anarquismo moderno.

La expresión "Hice a cada hombre semejante a su prójimo" —lo que equivale a decir que todos los hombres son iguales— es paralela a la insistencia del dios en que su intención no ha sido la de que obren mal, sino que sus propias ambiciones los han llevado a las malas

acciones. Esta equiparación entre la igualdad y las malas acciones establece que la desigualdad social no forma parte de los designios del dios, sino que es el hombre quien debe cargar solo con esa responsabilidad. Se trata, claramente, de la afirmación de que la sociedad ideal y justa debiera ser igualitaria por completo, lo que también es otro postulado del anarquismo moderno.

Y en la expresión: "Hice que sus corazones dejasen de olvidar el oeste, para que puedan ser hechas las ofrendas a los dioses de las provincias", condena el nacionalismo y regionalismo para establecer como un designio de los dioses el que en todo lugar se tenga el mismo derecho y la misma libertad de pensar. Sobre todo si se tiene en cuenta que en la época en que esas leyendas es escribieron se intentaba imponer un absolutismo religioso extremado. Quiere decir que el universalismo que el dios aconseja establecer es otro de los postulados base del anarquismo moderno.

El poeta que escribió esos versos —porque eso no pudo escribirlo ningún sacerdote— al atribuirle al supremo dios esas acciones anárquicas era porque personificaba en ese dios supremo el máximo ideal de la justicia, tan impregnado entonces de esencias anárquicas como el anarquismo kropotkiniano o malatestiano. ¿Y acaso eso no puede representar como una sublimación válida de las aspiraciones más elevadas de la época? ¿No pudo haber una corrien-

te de pensamiento —esos versos dicen mucho en favor de esta opinión— contraria al régimen imperante que tuviera esos ideales como una aspiración suprema? Cuando hayan pasado 3,500 años a partir de hoy, cuando nuestros semejantes hagan historia, tal vez sea muy difícil encontrar testimonios de la presencia del anarquismo militante en las civilizaciones actuales, impregnadas todas ellas de barbarismo autoritario, despotismo económico e idiotez religiosa.

### La primera huelga de la historia

Y no es el ejemplo que hemos citado el único que podríamos aportar. Desde que se lograron interpretar las escrituras egipcias se van descubriendo pensamientos y hechos que atestiguan que no todo era sumisión y despotismo cómodamente ejercido y voluntariamente aceptado. La primera huelga de que se tiene noticia en todo el transcurrir de la historia estalló en Egipto alrededor del año 1170 antes de nuestra era, hace, pues, cerca de unos tres mil años. El hecho sucedió así, según explica John A. Wilson en la página 390 y siguientes del libro **La Cultura Egipcia,** editado por el Fondo de Cultura Económica, de México:

"Los trabajadores del gobierno que construían y conservaban las tumbas del occidente de Tebas se organizaron en dos bandos bajo la

inmediata autoridad de tres interventores, que eran los capataces de los dos bandos y el Escriba de la Necrópolis. Sobre los tres estaba el alcalde de Tebas Occidental, responsable ante el visir del Alto Egipto. Los bandos, con sus familias, fueron alojados en la necrópolis y, en cuanto bandos o cuadrillas, en recintos murados, vigilados por porteros y policías. Además de los verdaderos obreros de las tumbas, había individuos dedicados a hacer yeso, cortar madera, construir casas, lavar la ropa, cultivar hortalizas, llevar pescado y transportar agua. Todos los trabajadores recibían una cantidad mensual de grano como salario.

"Al empezar la inflación en los últimos años de Ramsés III, el sistema de trabajo se desconcertó a causa de los retrasos del gobierno en pagar a los obreros. Un papiro de Turín nos da algunas notas sueltas sobre una huelga de trabajadores ocurrida en un año que no debió ser lejano del 1170 a.c. Durante los meses calurosos de verano, el único indicio de la próxima perturbación consistió en el aumento del número de individuos que hacían servicios para los obreros de la necrópolis: veinticuatro aguadores en vez de los seis que había antes, veinte pescadores en lugar de cuatro, dos confiteros, cuando antes no había ninguno, y así sucesivamente. Quizá la lentitud en la llegada de las raciones del gobierno a través del río hizo necesario el aumento de los servicios locales, para tener a los trabajadores medianamente

contentos. Si fue así, la medida no logró evitar la perturbación.

"En el otoño, la inundación bajó, y los campos cenagosos crepitaban bajo las primeras promesas de la abundancia; pero los obreros de la necrópolis estaban flacos y hambrientos. No habían recibido la paga en grano del mes que corresponde **grosso modo** a nuestro mes de octubre. Hacia mediados de noviembre llevaban dos meses de atraso en sus salarios, y las privaciones los empujaron a una protesta organizada, la primera huelga de que tenemos noticia en la historia.

"Año 29, segundo mes de la segunda estación, día 10. Este día el bando cruzó las cinco paredes de la necrópolis gritando: «¡Tenemos hambre!» y se sentaron a espaldas del templo de Tut-mosis III, en el límite de los campos cultivados. Los tres interventores y sus ayudantes fueron a instarles que volviesen al recinto de la necrópolis, e hicieron grandes promesas... «¡Podéis venir, porque tenemos la promesa del Faraón!». Sin embargo, no era bastante una promesa en nombre del rey, pues los huelguistas pasaron el día acampados detrás del templo, y no volvieron a sus habitaciones de la necrópolis hasta que se hizo de noche.

"Volvieron a salir el segundo día, y en el tercero se atrevieron a invadir el Rameseum, recinto sagrado que rodeaba el templo funerario de Ramsés II. Precipitadamente huyeron los contadores, los porteros y los policías. Un

jefe de éstos prometió enviar por el Alcalde de Tebas, que, discretamente, no se había dejado ver. La turbamulta estaba resuelta, pero en orden, y la invasión del recinto sagrado parece que fue más eficaz que la actitud anterior. Los funcionarios dieron oídos a su protesta: «Hemos llegado a este lugar por causa del hambre y de la sed, por la falta de ropas, de pescado, de hortalizas. Escribídselo al Faraón y escribídselo al Visir. ¡Haced de modo que podamos vivir!». El tesoro real se abrió, y se les entregaron las raciones del mes anterior.

"Los trabajadores se ablandaron un tanto con la paga, pero la dura experiencia les había decidido a no contentarse con una satisfacción parcial: pidieron también la paga del mes corriente. Al día siguiente se reunieron en «la fortaleza de la necrópolis», que debía ser el cuartel general de los policías. Montu-mosis, jefe de la policía, reconoció la justicia de sus demandas, pero les rogó que guardasen orden: «Mirad, os doy mi respuesta: Subid (a vuestras casas) y recoged vuestros utensilios y cerrad las puertas y traed a vuestras mujeres e hijos. Y yo iré al frente de vosotros al templo de (Tut-mosis III) y os permitiré estar allí hasta mañana». Por último, al octavo día de huelga, les fueron entregadas las raciones del mes.

"Dos semanas más tarde, al no recibir la paga el día primero del nuevo mes, volvieron a salir. Sus demandas envolvían ahora la amena-

za velada contra los interventores de que estaban engañando al Faraón: «No nos iremos. Decid a vuestros superiores, cuando están con sus acompañantes, que ciertamente no hemos cruzado (las paredes) a causa del hambre (solamente, sino que) tenemos que hacer una acusación importante, porque ciertamente se están cometiendo crímenes en este lugar del Faraón». No conocemos el resultado de la acusación, pero el desorden continuó. Dos meses después, el Visir estaba en Tebas por asuntos oficiales, pero tuvo buen cuidado de no pasar el río y presentarse a los huelguistas. En vez de esto envió a un oficial de la policía con suaves promesas para los tres interventores de la necrópolis: «Cuando haga falta algo, no dejaré de traéroslo. Ahora bien, acerca de lo que decís: '¡No lleves nuestras raciones!', ¡cómo!; yo soy el Visir que da y no quita... Si ocurriese que no hubiera nada en el granero mismo, os daré lo que pueda encontrar».

"Once días después, el bando volvió a cruzar las murallas gritando: «¡Tenemos hambre!» Cuando estaban acampados detrás del templo de Mer-ne-Ptah, acertó a pasar por allí el Alcalde de Tebas, y le gritaron. El prometió aliviarlos: «Mirad, os daré estos cincuenta sacos de grano para que viváis hasta que el Faraón os dé vuestras raciones»".

Según John A. Wilson dice después esta situación continuó durante un período, cuando

menos, de cuatro años, ya que cuatro años después a la fecha a que se refiere lo narrado anteriormente se encuentran referencias de un escriba que dice que los trabajadores estuvieron ociosos muchos días y que la paga de las raciones-salario llevaban un retraso de más de noventa días.

Este hecho, muy poco conocido y altamente significativo en apoyo de nuestra tesis sobre el sentimiento de justicia e igualdad presentes siempre en la humanidad, aun en los momentos más negros de su historia, no es único. Muy anterior a él se cita también el acontecido con el campesino que acude a las autoridades en demanda de justicia y demuestra tal elocuencia alegando en favor de sus derechos que el gobernador que oye sus quejas, intencionadamente no da solución alguna a sus problemas para incitarle a que exponga de la manera más amplia sus razonamientos, que siguen durante seis sesiones, a una diaria. Este hecho se conoce en la egiptología como la "Historia del campesino elocuente". Y la elocuencia del campesino está llena de conceptos de justicia en el sentido en que la interpreta el anarquismo moderno.

## VII

### Testimonios históricos

Además, conforme se han ido descifrando las inscripciones de ataúdes y cámaras mortuorias se han encontrado testamentos en los cuales los viejos que morían aconsejaban a sus descendientes normas de conducta impregnadas de un alto concepto de la igualdad y la justicia en el sentido en que las interpretamos nosotros.

Incluso en el pensamiento mosopotámico, tal vez el más oligárquico e inclinado al reconocimiento de la autoridad y la obediencia, hay destellos de inconformidad y de reconocimiento de la igualdad esencial entre todos los hombres. La tiranía del tiempo nos impide citar más ejemplos, pero solamente con estudiar el código de Hamurabí, tan conocido, se pueden encontrar testimonios de lo que decimos.

Y como prueba copiamos el comienzo del Código, que dice así: "cuando Anú, el padre de los dioses, y Belo, el dios de los cielos y la tierra, confiaron a Marduk, el primogénito de Ea, el patrocinio de Babilonia, haciéndola famosa hasta los más lejanos confines de la tierra, ya me predestinaron a mí, Hamurabí, para ser gobernante, para hacer justicia sobre este país, para defender el débil de la opresión del poderoso, y reinar sobre las Cabezas Negras, como Shama, que ilumina la tierra y produce el bienestar de todas las gentes".

Cuando Hamurabí pretende que su gobierno se base en la defensa del débil contra el poderoso y en proporcionar, como ciertos dioses, el bienestar de todas las gentes, ha de haber en el legislador, que casi siempre legisla con arreglo al pensamiento de la época, un concepto de la justicia muy cercano, en sus esencias, al concepto de la justicia que tenemos nosotros.

En el antiguo pensamiento chino hay tal saturación de esos conceptos de igualdad y ayuda mutua y hasta de ausencia total de gobierno, que el mismo Lin Yutang, en la página 152 del libro **Sabiduría china,** editado en México, dice al hablar de Confucio:

"Yo caracterizaría las ideas confucionistas, en su parte política, como anarquismo estricto, en que la cultura del pueblo, haciendo el gobierno innecesario, se transforma en un ideal. Si se pregunta por qué los moradores de Chinatown, en Nueva York, no han tenido nunca necesidad de policía, la respuesta es: el confucionismo. Nunca existió policía en China durante cuatro mil años. El pueblo había aprendido a regular sus vidas socialmente, y a no confiar en la ley. La ley era el refugio de los pícaros".

Y Víctor García, nuestro viajero estudioso y escudriñador, dice en un extenso estudio sobre las ideas anarquistas en la China:

"Lao Tsé —Viejo Maestro— se ha trazado desde el primer momento en que lanza su

mensaje al mundo una trayectoria anti-estatal sin desvíos ni torceduras. Arthur Waley, una de las autoridades más significadas de la sinología, no titubea en darle investidura libertaria en su libro **Three ways of Throught in Ancient China,** y a lo mismo nos lleva Will Durant en su obra **La Civilización del Extremo Oriente.** L. Carrington Goodrich emplea todas las letras para que no haya lugar a dudas, y en su excelente estudio **La Historia del Pueblo Chino** dice textualmente: «el anarquista Lao Tsé...»

"Es precisamente en la presencia del pensamiento de Lao Tsé que tendremos que reconocer las mejores afirmaciones del pensamiento libertario en China, y será gracias a su impacto que la filosofía conformista de Confucio se verá contrarrestada a través de todos los tiempos, y mientras Confucio irá ubicando su filosofía en el seno de los cortesanos, los oficiales mandatarios y en las altas esferas en general, Lao Tsé irá abriéndose camino en el seno de las masas humildes chinas.

"Si de Lao Tsé nos ha alcanzado algo de su rocío benefactor, ello obedece a dos hechos en los que Lao Tsé no ha sido parte determinante. El primero ha sido la corriente religiosa conocida con el nombre de Taoísmo, calificativo que fueron a buscar en la entraña del pensamiento laotseyano, y, también, en la prosa cáustica y dicharachera de un discípulo

del "Viejo Maestro", conocido por todas las capas sociales del Chung Kuo debido a la gracia y profundidad, a la vez, de sus escritos. Hago referencia a Chuang Tsé, al que obligadamente tendremos que dedicarle capítulo aparte.

"De Lao Tsé propiamente, la única obra que se puede estimar suya y que ha trascendido hasta nuetros días es el **Tao te Ching** (El libro del camino y de la Virtud) y el cual ha ido viéndose deformado por la presencia de "traduttori-tradittori" que no han titubeado en desvirtuar el pensamiento anarquista de este gran filósofo. Los escasos medios financieros de los libertarios y, en parte, la abulia y poca estima a cuanto se aparta de nuestros clásicos consagrados, mantiene aún inédita una obra de T. Yamaga que ha vertido al Esperanto y que tiene el significativo título de "La Maljuna Mastro" (El Viejo Maestro). Esta obrita de Yamaga encarrila una gran parte del pensamiento laotseyano del que los occidentales podríamos conseguir luces nuevas y atrayentes.

"Lo que de él ha llegado hasta nosotros, y que corrobora este entusiasmo nuestro en su pensamiento antiestatal, es importante a pesar de haber sido minimizado. El pasaje que pone de realce Liu Wu Chi guarda un interés señalado: «Gobierna un gran país de la misma manera que freirías un pescadillo» dice Lao Tsé. El significado de esta críptica sentencia, bien que enigmática a primera vista,

no es difícil de ser explicado. Para freír un pescadillo se precisa poco tiempo y poca destreza. De la misma manera, gobernar un gran país será igualmente fácil y simple si el gobernante deja que el pueblo se las arregle por sí sólo, de manera que todas puedan vivir en paz y felices sin ser molestados por el gobierno.

"Arthur Waley, el que mejor ha profundizado los arcanos de la filosofía china, cita un diálogo que Tsui Chu tiene con el Viejo Maestro: «Dices que no debe haber gobierno. Pero, si no hay gobierno ¿cómo pueden perfeccionarse los hombres? —Lo último que tú debes hacer es inmiscuirte en el corazón de los hombres —dice Lao Tsé—. El corazón humano es como un resorte: si tú lo aprietas hacia abajo, cuando lo sueltes saltará más arriba. Puede tener el ardor de una gran hoguera o la frigidez de un témpano de hielo...» Cabe añadir que el propio Waley le da beligerancia anarquista a Lao Tsé: «La doctrina de No-Gobierno, del principio de éste y otros pasajes similares en otros libros toistas —se refiere, sin duda, a los escritos de Chuang Tsé, principalmente— ha sido comparada a menudo con el anarquismo moderno».

"El anarquismo de Lao Tsé no se limita a la fase política, y esto es necesario ponerlo de relieve, porque se podría señalar que se trata de mera coincidencia. El anarquismo va más allá de un régimen social y entraña la libertad, todas las actividades humanas.

"Es lo que hace Lao Tsé: expresarse en anarquista en la mayoría y en cada una de sus actitudes. Así, por ejemplo, mientras Confucio reclama, insiste, en que la maldad sea retribuida con la justicia y el bien con el bien, Lao Tsé le toma la delantera a Jesús y achica el Sermón de la Montaña cuando dice: «Si tú no peleas nadie en la tierra será capaz de pelear contigo... Recompensa el daño con la bondad. Para los que son buenos, soy bueno; para los que no son buenos también soy bueno, así todos llegan a ser buenos. Para los que son sinceros, soy sincero, y para los que no lo son, también soy sincero, así todos llegan a ser sinceros. La cosa más blanda choca con la más dura y la vence. Nada hay en el mundo más débil y más blando que el agua y, sin embargo, para atacar las cosas que son firmes y fuertes no hay nada que pueda más que el agua. La hembra siempre vence al varón con su quietud».

"Sabemos la capacidad desbastadora del marxismo en lo que a borrar pensamientos y teorías no marxistas se refiere. Hay que temer la "depuración" que Lao Tsé, Mo Ti, Chuang Tsé y todos los pensadores antiestatales sufrirán por los exégetas de Mao Tsé Tung. Hay que esperanzar también en que el día que intrépidamente se pueda sumergir uno en la biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, donde se guardan manuscritos del Chung Kuo, nuevas luces se descubrirán sobre

el pensamiento laotseyano que permitirán fortalecer aún más el origen libertario del pensamiento del «Viejo Maestro».

"De momento, además de lo salvado en el "Tao Te Ching" y de los escritos de Chuang Tsé —añádase además lo referente a Mo Ti que sólo ha sido "descubierto" en 1921— queda patente algo con valor de prueba cumbre: el sentir y el obrar del pueblo chino a través de todas sus treinta y seis dinastías, donde se perfila siempre la presencia del pensar y sentir laotseyano".

Sería interesantísimo podernos detener un poco más sobre el antiguo pensamiento chino, tal vez uno de los más impregnados de esos grandes principios de igualdad y ayuda mutua, muy en contra de la opinión general que se tiene de que la antigua China podía considerarse como la expresión genuina de la diferenciación de clases y el despotismo político. (2).

En el viejísimo y místico pensamiento hindú, aun a despecho de la repugnante división en castas, surgida después, como consecuencia de los intereses religiosos y políticos, también hay manifestaciones bien claras de la comprensión de esas ideas base del derecho natural y ya en los Vedas, entremezcladas con los místicos conceptos religiosos, hay un buen acopio de estas ideas. El doctor A. Schweitzer, popular actualmente por sus campañas en pro de

(2) Véase a este respecto el libro de Víctor García, **Escarceos sobre China.**

que terminen las pruebas atómicas, en la página 147 del libro "El Pensamiento de la India", tomo 63 de la colección Breviarios del Fondo de Cultura, dice a este respecto:

"Tal vez en ninguna de las manifestaciones del pensamiento primitivo el humanismo fue tan arraigado como en el pensamiento hindú. Ese es uno de los más complejos y subyugantes aspectos de ese pensamiento. Desde sus orígenes, el pensamiento hindú fue eminentemente metafísico sin dejar de ser humano. La trascendencia de los poderes divinos, ajenos y superiores al hombre, se compatibilizó de una manera sorprendente con la idea de la igualdad del hombre ante el hombre mismo y del común rol y destino del hombre en la tierra. Eso, como es lógico, dio origen a un concepto humanísimo del derecho natural".

Y en la mitología griega, la hermosa leyenda de Prometeo, medio hombre y medio dios, que considerando injusta la posesión de la Sabiduría de los dioses en detrimento de los hombres, creyendo que éstos son tan dignos de poseer ese fuego, el de sabiduría, como aquéllos, roba parte de él a los dioses que lo usufructuaban exclusivamente y hace partícipe de él a los humanos, que de él carecieron hasta aquel momento.

Aunque la leyenda de Prometeo no sea más que eso: una invención de la fantasía mitológica de los griegos primitivos, toda su esen-

cia es igualitaria y de ayuda mutua. Y en este caso, la idea de igualdad adquiere grados que tal vez no adquirió hasta entonces. Pues considerar a todos los hombres iguales entre sí cuando el determinismo propio de la historia lo requirió por las interrelaciones que los humanos hubieron de establecer, fue una lógica que no requería aún el grado de elaboración ideológica de la idea de igualdad que hubo de menester el considerar al hombre igual a los dioses o, cuando menos, con los mismos derechos que los dioses, a quienes, como es natural, hubo de considerárseles como el máximo del poder y de la perfección.

Y en el pensamiento griego son tan abundantes las manifestaciones de estas ideas que no creemos necesario detenernos en citar ejemplos. Recuérdese a Diógenes a Epicteto, a Epicuro, a Demócrito.

Han Ryner, aquel gran "filósofo olvidado" como lo denomina Costa Iscar, en un ligero estudio sobre el individualismo antiguo dice:

"Pero el centro de la sofística es el gran consejo ético de obedecer a mi propia naturaleza, no a las leyes escritas o a las costumbres. Calístenes afirma en **Georgias** «Para la mayoría de las cosas, la Naturaleza y la ley son opuestas entre ellas». Trasimaco, en el primer libro de **La República** dice: «Los gobernantes erigen en ley aquello que les sirve. El derecho no es otra cosa que la ventaja del más po-

tente. Solamente son los dementes y los débiles los que creen en las leyes: el hombre ilustrado sabe lo poco que valen». Hipías, en Jenofonte, pone en duda de que las leyes, que tan a menudo cambian, sean más respetables mientras la ciudad busca el imponerlas que antes de parecer útiles a los legisladores o después de que su uso hace que se las reconozca perjudiciales".

Y en el pensamiento habreo, característicamente religioso y autocrático, hay momentos en que la idea de igualdad y ayuda mutua adquiere tal amplitud que llega hasta profetizar una sociedad integralmente anárquica. En el tomo II del libro **El pensamiento prefilosófico**, William A. Irwin dice en la página 49 al referirse al pensaimento hebreo: "Según se ha dicho, para el antiguo hebreo existían tres realidades: Dios, el hombre y el mundo". Todos sabemos el importantísimo papel que la idea de Dios ocupó en el pensamiento hebreo. Queremos, no obstante, hacer abstracción de esa idea y ocuparnos de las otras dos, añadiéndole otra que Irwin no cita: la sociedad, la vida social.

El pensamiento hebreo fue profundo en cuanto concierne a la interrogante ¿Qué es el hombre? Y la gran influencia religiosa de que estaba impregnado no evitó que en muchos momentos el hombre fuese considerado no como un hijo de Dios, hecho a su imagen y semejanza, con un espíritu inmortal que lo liga a

la divinidad de donde proviene, sino que es considerado como un animal sin otra diferenciación a los demás animales que no son de su especie que la que se deriva de su grado en la escala zoológica. Así lo encontramos en el Eclasiastés:

"Dije en mi corazón, en orden a la condición de los hijos de los hombres, que Dios los probaría, para que así echaran de ver ellos mismos que son semejantes a las bestias. Porque el suceso de los hijos de los hombres, y el suceso del animal, el mismo suceso es: como mueren los unos, así mueren los otros; y una misma respiración tienen todos; ni tiene más el hombre que la bestia; porque todo es vanidad... ¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres suba arriba, y que el espíritu del animal descienda debajo de la tierra?" (Eclasiastés 3:18-21).

Esta explicación en términos estrictamente biológicos de la vida del hombre, más parece hecha en pleno siglo veinte por cualquier teórico del anarquismo que unos dos mil años antes de nuestra era por pensadores primitivos. Claro que este pensamiento representa una rebelión ante el pensamiento dominante de la época, que consideraba al hombre, como continuó después considerándolo la tradición religiosa, como la única especie hecha a imagen y semejanza de Dios y la única en contacto más

o menos directo con ese mismo Dios que la creó diferente y privilegiada. Sucede igual con el pensamiento anárquico actual, que es también una rebelión contra el pensamiento dominante de nuestros días.

> "Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría
> y que obtiene la inteligencia:
> Porque su mercadería es mejor que la mercadería de plata,
> y sus frutos más que el oro fino.
> Más preciosa es que las piedras preciosas
> y todo lo que puedes desear,
> no se puede comparar a ella".
>
> (Proverbios 3:13-15)

Aquí el pensamiento hebreo se eleva a regiones a las que apenas se ha llegado después en el pensamiento moderno. Esta sabiduría que se coloca en los Proverbios como el don más preciado de cuantos el hombre puede poseer, no es sólo la sabiduría divina, ya que ésta, más que sapiencia requiere fe y no precisa investigación, pues se adquiere como don divino por revelación graciosa. La sabiduría a que se refiere el pensador hebreo en esos versos es la sabiduría humana, la que se adquiere por la investigación y por la meditación. También, es claro, en la época se entendía por sabiduría las cualidades éticas que hoy distinguimos más como peculiaridades del

carácter: la bondad, el buen discernimiento, la rectitud, etc.; pero ante y sobre todo, el autor se refiere al conocimiento de la Naturaleza y del Hombre, de forma semejante a como el pensamiento moderno entiende la sabiduría. Mas, lo que es verdaderamente digno de atención en ese pasaje es la categórica preferencia por el saber como la más preciada de todas las riquezas. Y si nos esforzamos por colocarnos en el ambiente dominante de la época nos apercibiremos aún más de su alto valor, ya que entonces el amor por las riquezas que simboliza el oro era tanto o más acendrado y feroz que hoy y la valorización de la personalidad con arreglo a sus riquezas materiales era mucho más rigurosa que en nuestra época. Por ello, el pensamiento que rige ese pasaje de los Proverbios era igualmente revolucionario que el pensamiento anárquico moderno cuando afirma que el verdadero valer humano estriba en las cualidades intrínsecas del ser y no en su poderío económico.

"Recibid mi enseñanza, y no plata;
Y ciencia antes que el oro escogido
Porque mejor es la sabiduría que las piedras preciosas;
Y todas las cosas que se pueden desear, no son de comparar con ella".
(Proverbios 8:4-11)

Y esta sabiduría que se considera como

el más sublime de los dones no ha de adquirirla el hombre como un medio de poderío y dominio sobre los demás, para eso no necesita ninguna clase de sabiduría. Esa ciencia que se incita al hombre a poseer sirve para orientarlo hacia la más perfecta moral, hacia el mejor conocimiento de lo que debe ser el propio comportamiento para consigo mismo y para con la colectividad. "Una pequeña reflexión nos hará darnos cuenta de que tanto la actitud del libro de la Sabiduría, como su notable ascendente, el Libro de los Proverbios, implican lo mismo. Se trata de una cualidad que penetra la vida humana y que, en todas partes, plantea al hombre la exigencia de buscar mejores normas de conducta e ideales más elevados; nos encontramos, evidentemente, por lo tanto, ante un concepto que ha desempeñado un papel muy importante en la vida política y social del mundo occidental y que conocemos con el nombre de derecho natural". Así dice Williams A. Irwin en las páginas 100-101 del libro "El pensamiento prefilosófico". Quiere decir Irwin que esa sabiduría, que tan elevadamente es considerada, tiene como primordial objetivo estudiar al hombre y la naturaleza en que se desenvuelve para deducir de ahí cómo debe vivir, cuál es la ética natural. Y esta preocupación por ajustar la ética a las deducciones lógicas de la sabiduría se aparta tanto de la moral establecida por mandato divino, que muchas veces está en absoluta sub-

versión con respecto a esta última. Por ello, a pesar de la ley mosaica—, el famoso decálogo revelado e inspirado a Moisés por Jehová en el Sinaí—, en el Libro de los Jueces se hace referencia a un tiempo en que los antepasados tenían un sentido elevado de la justicia y la practicaban sin coacción alguna: "En estos días no había rey en Israel; cada uno hacía lo recto delante de sus ojos" (Jueces 21:25; y también 18:1, 19:1). Y las primitivas formas de organización social, basadas en la asamblea popular (general) que encargaba la ejecución de sus acuerdos, en los que participaban todos los miembros de la comunidad, a los ancianos, como posesores de la mayor prudencia y el más amplio sentido de la justicia, demuestran ese concepto amplio del derecho natural que tenían aquellas tribus que vivieron con un sentido anárquico de la vida hace ya más de cuatro mil años.

El concepto monárquico que hacía decir a Samuel al referirse a la implantación de la monarquía en el pueblo de Israel: "... éste será el derecho del rey: ... tomará vuestros hijos, y pondrálos en sus carros, y en su gente de a caballo, para que corran delante de su carro... Tomará también vuestras hijas para que sean perfumadoras, cocineras y amasadoras. Asimismo tomará vuestras tierras, vuestras viñas y vuestros buenos olivares, y los dará a sus siervos" (Samuel I, 8:11-14); ese concepto monárquico de sumisión y esclavitud, aunque

lograra imponerse, no dominó el pensamiento hebreo ni logró que descendiera de sus hermosas cimas el otro pensamiento que consideraba a la sabiduría como el mejor don y el bienestar de todos como la suprema justicia. Y perdura el amor hacia las formas de vida esencialmente libre y se recuerda la bondad de **la ley no escrita.** Jeremías es uno de los profetas que más siente esa necesidad y que más a disgusto se encuentra con el autoritarismo de la monarquía y predice un futuro en el que no será necesaria la coacción para la convivencia pacífica y feliz del pueblo hebreo. Comentando ese pasaje dice Irwin:

"Lo que regirá la vida de los hombres será una ley escrita en sus corazones y no una ley externa. Pero se tratará de un dominio benévolo: no habrá coacción no se violará la libertad del hombre, sino plenitud. El hombre obrará con rectitud, porque éste será su mayor anhelo. Reconocerá la belleza que encierra la bondad, ganado por su intrínseco atractivo. Esta es la culminación del pensamiento israelita sobre derecho natural: llegará el día glorioso en que los impulsos selváticos del hombre se vean atrofiados, en que la justicia triunfe definitivamente en la naturaleza humana y en que la sociedad prosiga su desarrollo feliz en un estado de **anarquía** en el que no "habrá ley", porque cada quien hará las cosas más nobles y elevadas, llevado por su amor

hacia ellas y obedeciendo a la ley no escrita que se encuentra grabada en su corazón".

Esta confesión de Irwin en la página 129 del libro "El pensamiento prefilosófico" dice con fidelísima realidad cuál fue en alguna época la sublimación más elevada del pensamiento israelita. Sobre todo si se tiene en cuenta que Irwin es un historiador que nada tiene de anarquista.

Parece que el pensamiento hebreo, por la influencia profunda que en él hubo de ejercer el sentimiento religioso de pueblo elegido por Dios para ser el realizador de sus designios, hubiera de ser esencialmente nacionalista. Empero, no fue así y el pensamiento hebreo estuvo tan impregnado de universalismo como lo pueden demostrar estas expresiones también de Irwin:

"Pero nuestra exposición quedaría incompleta sin una referencia a la obra de los sabios. Estos mantenían una actitud internacionalista muy definida. Se trataba de los investigadores del mundo antiguo y la investigación lleva siempre más allá del nacionalismo..."

Y no son sólo estos que apuntamos los rasgos anárquicos del antiguo pensamiento hebreo. Si realizáramos un estudio detenido y concienzudo de ese pensamiento nos asombraría encontrar en él un anarquismo, en esencia, muy cercano al anarquismo moderno.

Y los hebreos, además, no se conformaron con esas concepciones que representan lo más elevado del pensamiento de algunos momentos de su historia, sino que emplearon la acción directa, como decimos hoy, y se rebelaron y desobedecieron las leyes que consideraban injustas. Las rebeliones instigadas por los profetas mismos, sobre todo las de las tribus norteñas en las épocas de Reboam, y la de Jehú un siglo después, y la propia rebelión de los macabeos, tan conocida en la historia del pueblo hebreo, fueron la expresión revolucionaria de un alto grado de desarrollo en la concepción igualitaria del derecho natural.

Y H. Hamón, en su libro **La Revolución a través de los siglos**, en la página 2 de la edición hecha por Tor de Argentina en 1945, dice: "En Judea, desde el siglo nueve antes de J.C. se presentan casi diariamente ante el pueblo nuevos profetas que predican la igualdad social. Primero es Amós, después Isaí; más adelante los salmistas, después los pobres (ebionim), los cuales son sus discípulos y beben las palabras inflamadas de estos profetas israelitas, que, según expresión de Renán, «son fogosas publicistas que hoy designaríamos con el nombre de anarquistas o socialistas».

Y así, la rebelión de Espartaco, en la era romana; la aparición del Cristianismo, con sus exacerbadas manifestaciones de ayuda mutua y hasta de sacrificio, con su leyenda, además, de Lucifer, ese ángel rebelde que desconoce el

poder absoluto de Dios, y por quien tantas simpatías sintió Bakounine; y la leyenda del pecado original, representando al hombre y a la mujer prefiriendo probar el manjar del árbol de la sabiduría, con la muerte, al disfrute de la inmortalidad con la ignorancia, y todo el transcurrir de la historia, saturado de manifestaciones de esta índole, como inmenso archipiélago de humanismo liberal en el negro océano autoritario que es la historia misma, demuestra que el sentimiento de igualdad y ayuda mutua es inherente a la naturaleza humana y se ha manifestado en todos los períodos de la historia como acicate de la evolución y valladar opuesto tensa y permanentemente a los ejercicios de la desigualdad y la lucha entre sí, que son las manifestaciones características del poder. Entonces, las raíces históricas del anarquismo como máxima expresión de la aplicación práctica en la sociedad de esos sentimientos de igualdad y apoyo mutuo se pierden en el infinito campo de la historia misma.

## VIII

### Los primeros siglos de nuestra Era

Durante los primeros siglos de nuestra era, ese pensamiento cuyo hilo pretendemos mantener tenso desde las primeras manifestaciones del pensamiento humano, concerniente a la

igualdad y la ayuda mutua, permanece activo en el Cristianismo, que se va adueñando de la vida social. A este respecto H. Hamón continúa diciendo: "...como Jesús, son comunistas, y durante los primeros siglos en pequeños grupos de pequeñas iglesias, donde todos son hermanos, donde todo es común, los cristianos critican ricos y riquezas y predican la comunidad de bienes. Así proceden Tertuliano, Lactancio, San Clemente (siglo III), San Jerónimo, San Juan Crisóstomo, San Basilio, San Gregorio de Niza, San Ambrosio (siglo IV), etc. Respecto al carácter de la propiedad privada su doctrina es absolutamente uniforme. Para todos la opulencia es siempre, según ha expresado San Jerónimo, producto del robo (San Jerónimo se adelantó a Proudhon); si no ha sido cometido por los actuales propietarios, lo ha sido, indudablemente, por sus antecesores...".

Luego, en el siglo cuatro aparecen las doctrinas de Manes, que fue desollado vivo, y que unos siglos después tuvo gran importancia en el sudoeste de Francia. La doctrina de Manes postulaba que nadie tiene derecho a ser propietario de un campo, de una casa, de dinero. Según esas doctrinas, la igualdad y la libertad son las primeras necesidades del ser humano.

No es posible detenernos, en el reducido campo de esta charla, en todas las manifestaciones que se dieron en los primeros siglos de nuestra era, enalteciendo lo humano de estas ideas base que venimos exaltando. Tenemos

forzosamente que pasar rápidamente por sobre esos siglos para reseñar, aunque también velozmente, las actitudes y los pensamientos que ya pueden considerarse como verdaderos padres del anarquismo moderno.

En el siglo doce, Pedro Valdo predica la pobreza, la igualdad, la fraternidad. Sus discípulos quieren una sociedad sin curas, sin magistrados, sin amos, sin ricos; quieren, en una palabra, una sociedad anárquica.

En el siglo trece aparece en Flandes el poeta Vanmaerlant, quien celebra en hermosos versos las excelencias de la igualdad y la ayuda mutua e instiga a la rebelión contra los privilegios y las injusticias sociales. En el norte de Italia surge Gerar de Segeralli, propagando lo mismo, por lo que es quemado vivo, sucediéndole otro jefe de rebeldes, Dolcino, que logra llevar a respetables guerrillas armadas a vencer a las tropas del episcopado. Por la misma época aproximadamente aparece Juan Wicleff, profesor de la ya célebre universidad de Oxford, predicando la igualdad y la ayuda mutua, seguido de sus discípulos John Ball, Wat Tyler y Jack Straw, que después de algunas revueltas son muertos y dominados los movimientos.

## IX

### Las utopías

En el siglo quince comienzan a surgir las famosas utopías en las que se exponen los mismos ideales como expresión de una vida feliz. Francisco Doni y Giovani Bonifacio en Italia. Tomás Moro en Inglaterra, con su célebre **Utopía**. Rebelais, con su célebre Abadía de Théleme, en **Pantagruel**...

Hacia 1600 aparece **Civitas Solis** (La ciudad del sol), del monje Campanella, **Les Savarantes** de Vaitrasse, **Macaria,** de Hartkib, etc., que en esencia propugnan todas por la igualdad y la vida armónica en común, que es la mejor manifestación de la ayuda mutua.

Un caso especial, digno de dedicarle unos minutos es el del cura Meslier. Pasada una vida de privaciones y de miserias morales, este cura ateo iba escribiendo en un diario sus ideas acerca de lo que él consideraba que debiera ser la vida. En un testamento que dejó al morir y que sólo se conoció parcialmente algunos años después de su muerte, Meslier dice que todos los males que aquejan a la humanidad tienen por origen la desigualdad, que descansa sobre la propiedad y la religión, por lo que urge destruir una y otra. Según Meslier escribió hacia 1730, todos los bienes deben ser poseídos en común y los hombres deben considerarse

iguales en todos los órdenes de la vida y tratarse como hermanos. Al referirse a él, M. Lichtemberger dice que es un puente entre John Ball y Bakounine.

Ya acercándonos a la Revolución Francesa es materialmente imposible sustanciar en lo limitado de esta charla todo el florecimiento de ideas de igualdad y ayuda mutua que se manifiestan en Motesquieu, Rousseau, Mably, Mercier, Retif de la Bretaña, Dom Deschamps, quien, más que ninguno se acerca al comunismo anárquico tal y como lo concebimos hoy. La propia Gran Revolución, como la llama Kropotkin, tiene como lema las expresiones de libertad, igualdad y fraternidad, que encierran, en esencia, todo ese ideal de humana justicia a que nos hemos venido refiriendo en el transcurso de esta plática y que es la esencia misma del anarquismo.

## X

### El pensamiento moderno

No tenemos más remedio que señalar, aunque sea con rapidez supersónica, como se dice hoy, cómo el pensamiento llamado moderno ha venido acercándose cada vez más hacia el anarquismo, porque "anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía marcha la historia".

Aun con el dolor de haber pasado sobre la influencia que hubo de tener en el pensa-

miento de nuestros días, y en el anarquismo como consecuencia, todo el pensamiento y la ciencia árabes, enlazados después a toda esa pléyade de investigadores de la naturaleza, como Bacon Pomponnace, N. D'Autrecourt, Melanchton, Copérnico, Giordano Bruno, Gassendi, Boyle, Newton, de la Mettrie, D'Holbach, etc., quienes, de eslabón en eslabón, dieron forma a un conglomerado complejo y ordenado de conceptos que William Godwin reunió en esa síntesis de lo verdaderamente esencial del pensamiento humano de todas las épocas que conocemos con el nombre de **Investigación acerca de la Justicia Política,** libro que puede considerarse como la primera y más grande obra realizada hasta hoy por el pensamiento ya doctrinariamente anárquico; aun con ese dolor, sin citar lo realizado por nuestros antepasados árabes, debemos limitarnos a señalar que en todo ese período, como hemos intentado demostrar en nuestro fugaz relato, ya se fueron señalando como verdades derivadas de los propios conocimientos que la ciencia adquiría en ese desarrollo fantástico acaecido en el transcurso de dos siglos, lo que son hoy los principales postulados del anarquismo. En todo ese período se demostró, de manera tan categórica como jamás se había hecho antes, que es un error o un engaño al origen divino de la naturaleza del hombre y de sus desigualdades sociales. Lo que habría de llevar lógicamente a la concepción del anarquismo moderno ya como

cuerpo de doctrina y filosofía con principios y postulados propios. Y ese trabajo, magistralmente hecho, hubo de realizarlo ese hombre al que la historia casi desconoce y que también es poco conocido incluso en el movimiento anarquista.

## XI

### La obra de William Godwin

No tengo yo la agilidad ni la inteligencia necesarias para resumir en unas pocas cuartillas lo que dice Godwin en quinientas páginas; no obstante quiero intentar una síntesis de sus ideas para que podamos darnos cuenta de lo fundamentales que fueron sus concepciones para el desarrollo posterior del anarquismo como teoría.

**Investigación acerca de la justicia política** es un libro en el que se estudia de manera concienzuda la naturaleza de las agrupaciones humanas y se descubren las razones fundamentales de la infelicidad que siempre ha privado en esas instituciones. Y el análisis de las influencias que esas instituciones ejercen en el carácter social del individuo le hace llegar a Godwin a la conclusión de que actualmente las instituciones en que se basa la vida social son tan antagónicas a la verdadera naturaleza del

ser humano que forzosamente han de producir la serie interminable de calamidades en que está basado el vivir actual. Y esta investigación que realiza Godwin está presidida por este pensamiento que abre la introducción del capítulo primero:

"Todos los hombres convendrán que la felicidad de la especie humana es el objeto más deseable que debe perseguir la ciencia humana"... "Si pudiera probarse que una sana institución política es, entre todas, el instrumento más poderoso para promover el bien general, o por otra parte, que un gobierno erróneo y corrompido es el más formidable adversario del mejoramiento de la especie, se seguiría de ahí que la política fue el primer y más importante motivo de la investigación humana."

Basándose en la historia demuestra que todo gobierno, en cualquier período, ha sido nefasto, como lo condensa en este otro pensamiento que abre el capítulo segundo:

"Mientras investigamos si el gobierno es capaz de mejoramiento, haremos bien en considerar sus efectos presentes. Es una observación antigua que la historia del género humano es poco más que una historia de crímenes. La guerra ha sido considerada hasta ahora como una aliada inseparable de la institución política."

Y analizando después la inquietud, desazón y rebeldía normales de las clases desposeídas, dice:

"Los seres humanos son capaces de sufrir alegremente considerables penalidades, cuando esas penalidades son compartidas imparcialmente por el resto de la sociedad y no son ofendidos con el espectáculo de la indolencia y comodidad de los demás, en ningún modo merecedores de mayores ventajas que ellos mismos."

Y ya un poco antes, al analizar el verdadero origen de la propiedad, llega a la conclusión de que ésta es un robo, como bastantes años más tarde demotraría de la manera más convincente y documentada aquella otra gran figura conocida por todos: P. J. Phoudhon.

Y al entrar en la confrontación de la sociedad y el gobierno dice:

"Es necesario antes de entrar en el asunto, distinguir entre sociedad y gobierno. Los hombres se asociaron al principio por causa de la asistencia (lo que después desarrolló de manera magistral Kropotkin). No previeron que sería necesaria ninguna restricción para regular la conducta de los miembros individuales de la sociedad entre sí o hacia todos". Y después cita este pensamiento de Tomás Paine: "La sociedad y el gobierno son distintos entre sí y tienen distintos orígenes. La sociedad se produce

por causa de nuestras necesidades y el gobierno por causa de nuestras maldades".

Godwin analiza las relaciones entre individuo y sociedad y establece un concepto anárquico de esas relaciones:

"La sociedad no es otra cosa que la agregación de individuos. Sus derechos y sus deberes deben ser el agregado de sus derechos y sus deberes, siendo unos no más precarios y arbitrarios que otros. ¿Qué derechos tiene la sociedad a pedirme? La pregunta está ya contestada: todo lo que está en mi deber hacer... ¿Qué es lo que la sociedad está obligada a hacer por sus miembros? Todo lo que pueda contribuir a su bienestar".

Godwin establece, previos estudios profundos y razonamientos claros, que los hombres son iguales en derechos y deberes y que, aun a despecho de las diferencias de constitución física, en lo que es fundamental de nuestra naturaleza, los humanos somos todos iguales:

"De estas sencillas consideraciones podemos inferir plenamente la igualdad moral de los seres humanos. Somos partícipes de una naturaleza común, las mismas causas que contribuyen al bienestar de uno contribuyen al bienestar de otro. Nuestros sentidos y nuestras facultades son de índole semejante, lo mismo

que nuestros placeres y nuestras penas. Nos hallamos todos dotados de razón, es decir somos capaces de comparar, de inferir, de juzgar."

Ante esta igualdad moral comprobada, deduce Godwin unos razonamientos realmente originales y justos sobre los derechos del hombre, tema tan en boga en la época. Por eso dice:

"Los derechos de un individuo no pueden chocar ni ser destructivos respecto a los derechos de otros, pues si así fuera, lejos de constituir una rama de la justicia y de la moral, tal y como entienden ciertamente los defensores de los derechos del hombre, serían simplemente una jerga confusa e inconsciente".

Y en este aspecto continúa Godwin sustentando su criterio de que toda actitud humana debe remitirse al bien general y la verdadera libertad de obrar se reduce a los actos cuyas consecuencias sean indiferentes a la situación posterior de la comunidad:

"Mi vecino —dice—, tiene tanto derecho a poner fin a mi vida mediante el veneno o el puñal como a negarme la ayuda pecunaria sin lo cual yo perecería de hambre o a negarme esa otra especie de asistencia que me permita un desarrollo intelectual y moral que no podría alcanzar jamás por mis propios medios.

Tiene tanto derecho a divertirse incendiando mi casa o torturando a mis hijos como a encerrarse en una habitación aislada, despreocupándose de los demás y ocultando el propio talento tras un velo egoísta.

"Si el hombre tiene derechos y poderes discrecionales, sólo ha de ser en cuestiones totalmente indiferentes, tales como si he de sentarme al lado derecho o al lado izquierdo del fuego o si he de almorzar carne hoy o mañana. Esta clase de derechos son mucho menos numerosos de lo que pudiera crearse, pues antes que ellos queden definitivamente establecidos, es necesario demostrar que mi elección es indiferente para el bien o el mal de otra persona. Individuos que no han sentido la influencia bienhechora de los principios de la justicia, cometen toda suerte de intemperancias, son egoístas, mezquinos, licenciosos y crueles; no obstante defienden su derecho a incurrir en todos esos vicios alegando que las leyes de su país no establecen condenación alguna al respecto. Filósofos e investigadores políticos han asumido a menudo igual actitud, con cierto grado de adaptación formal, lo que es tan poco justificado como la miserable conducta de las personas antes aludidas. Es verdad que bajo las actuales formas sociales la intemperancia y los abusos de diversa naturaleza escapan generalmente a toda sanción. Pero en un orden de convivencia más perfecto, aun cuando esos excesos no caigan bajo la sanción de ninguna ley,

es muy probable que quien en ellos incurra encuentre de inmediato un repudio tan evidente y general, que de ningún modo se atreverá a sostener que le asiste el derecho a cometerlos".

Esto es un verdadero adelanto de los razonamientos de nuestro Ricardo Mella cuando hablaba de la coacción moral.

Saliéndose un tanto ya de estas especulaciones, pero apoyándose en los razonamientos que de ellas se deducen, Godwin hace una verdadera vivisección de todos los sistemas de gobierno practicados y propuestos, entreteniéndose en analizar el contrato social de Rousseau, para esforzarse en destruir las razones aducidas por los defensores del estatismo sobre el origen del gobierno y asentar la justicia de un sistema social en el que todo miembro de la comunidad tenga igual participación en los asuntos públicos. Y aquí, de deducción en deducción, Godwin llega a un verdadero anarquismo social cuando dice:

"Habiendo rechazado las hipótesis aducidas para justificar el origen del gobierno dentro de los principios de justicia social, veamos si nos es posible lograr el mismo objeto mediante un claro examen de las razones más evidentes del caso, sin necesidad de recurrir a especulaciones sutiles ni a un complicado proceso del pensamiento. Si el gobierno ha sido establecido por las razones que ya se conocen,

el principio esencial que puede formularse, en relación con su forma y estructura, es el siguiente: puesto que el gobierno es una gestión que se cumple en nombre y beneficio de la comunidad, es justo que todo miembro de la misma participe de su administración. Varios son los argumentos que dan fuerza a esta premisa:

"1.—No existe un criterio racional que asigne a un hombre o a un grupo de hombres el dominio sobre sus semejantes.

"2.—Todos los hombres participan de la facultad común de la razón, y es posible suponer que tengan asimismo contacto con esa gran preceptora que es la verdad. Sería erróneo prescindir, en una cuestión de tan destacada importancia, de cualquier aporte del saber adicional; es difícil determinar, por otra parte, sin la prueba de la experiencia, los méritos y cualidades de un individuo, en cuanto a su contribución a la marcha más beneficiosa de los intereses comunes.

"3.—La administración es un instrumento creado para la seguridad de los individuos; es justo, pues, que cada cual contribuya con su parte a la propia seguridad y al mismo tiempo es conveniente a fin de evitar toda parcialidad y malicia.

"4.—Finalmente, dar a cada hombre participación en los negocios públicos, significa acercarse a esa admirable idea que jamás hemos de abandonar: la del libre ejercicio del

juicio personal. Cada uno se sentiría inspirado por la conciencia de su propio valer, desapareciendo para siempre esos sentimientos de sumisión que deprimen el espíritu de algunos seres, frente a quienes se consideran superiores".

Como es natural, Godwin no sólo teoriza sobre la nocividad de los sistemas actuales de vida, sino que señala principios generales sobre los que pudiera establecerse la sociedad nueva, acorde con los principios de la virtud y la justicia que él considera fundamental en la convivencia social. Por ello, después de sentar los principios morales —filosóficos diría yo más bien— de la nueva sociedad que propugna, se detiene en esbozar lo que él llama "Lineamientos generales de un equitativo sistema de propiedad" y la importancia que da a esta cuestión se puede inferir de la lectura de este párrafo:

"La cuestión de la propiedad constituye la clave del arco que completa el edificio de la justicia política. Según el grado de exactitud que encierren nuestras ideas relativas a ella, nos ilustrarán acerca de la posibilidad de establecer una **forma sencilla de sociedad sin gobierno,** eliminando los prejuicios que nos atan al sistema de la complejidad. Nada tiende más a deformar nuestros juicios y opiniones que un concepto erróneo respecto a los bienes de fortuna. El momento que pondrá fin al régimen de la **coerción** y el **castigo,** depende

estrechamente de una determinación equitativa del sistema de la propiedad".

Y analizando después lo que debe ser un sistema justo de distribución de la riqueza, con esa sencillez y profundidad tan geniales que son su característica, dice:

"¿A quién pertenece justamente un objeto cualquiera, por ejemplo un trozo de pan? A aquel que más lo necesita o a quien su posesión sea más útil. He ahí seis personas acuciadas por el hambre y el pan podrá satisfacer la avidez de todas ellas. ¿Quién ha de afirmar que uno sólo tiene el derecho de beneficiarse del alimento? Quizá sean ellos hermanos y la ley de progenitura lo concede todo al hermano mayor. ¿Pero puede la justicia aprobar tal concesión? Las leyes de los distintos países disponen de la propiedad de mil formas distintas, pero sólo puede haber una conforme a los dictados de la razón".

Y aún añade después.

"Todo hombre tiene derecho, en tanto que la riqueza general lo permita, no sólo a disponer de lo deseable para la subsistencia, sino también de cuanto constituya el bienestar. Es injusto que un hombre trabaje hasta aniquilar su salud o su vida, mientras otro nada en la abundancia. Es injusto que un ser humano

se vea privado del ocio necesario para el cultivo de sus facultades racionales, en tanto que otro no contribuye con el menor esfuerzo a la riqueza común"... "Se suele alegar, —añade—, que hay una gran variedad de tareas e industrias y que no es justo, por consiguiente, que todos reciban una retribución igual. Es indudable que no deben confundirse los méritos de los hombres, tanto en virtud como en laboriosidad. Pero veamos hasta qué punto otorga el presente régimen de propiedad un tratamiento equitativo a esos méritos. Este régimen confiere las más grandes fortunas al hecho accidental del nacimiento. El que haya ascendido de la miseria hasta la opulencia, debió emplear medios que no hablarán muy bien en favor de su honestidad. El hombre más activo e industrioso, logra con grandes esfuerzos resguardar a los suyos de los rigores del hambre.

"Pero dejando a un lado esos inícuos resultados de una injusta distribución de la propiedad, veamos qué especie de retribución se quiere ofrecer a la diversa capacidad de trabajo. Si sois industrioso, tendréis cien veces más alimentos de los que podais consumir. ¿Dónde está la justicia de tal retribución? Si yo fuera el mayor benefactor de la humanidad que se haya conocido, ¿es una razón para que se me otorgue algo que no necesito, en tanto que hay miles de personas que lo requieren de un modo indispensable?"

Hoy, estos razonamientos nos parecen archisabidos, pues de ellos, tomándolos como base, se han desarrollado argumentos en pro de la sociedad nueva que todos hemos leído u oído alguna vez, pero el gran valor de ellos en la pluma de Godwin estriba en su originalidad, pues en esa época no se había atrevido nadie aún a desarrollarlos, en el supuesto caso de que a alguien se le hubieran ocurrido. Por eso es hermoso y de un valor profundo todo el escarceo que Godwin hace sobre este problema.

## XII

### Es forzoso parar

Después de Godwin es forzoso parar. Referirnos al pensamiento de Proudhon, de Kropotkin, de Bakunin, de Stirner, de Nietzsche, de Tolstoi, de B. Tucker, de Malatesta, de S. Faure requeriría, cuando menos, otra charla completa. El objetivo de ésta ha sido tratar de demostrar que las raíces históricas del anarquismo se pierden en la lejanísima perspectiva de las propias raíces de la historia y que no es el producto de una elucubración más o menos aceptable surgida expontáneamente en el cerebro de un pensador más o menos profundo, sino que es como una interpretación de los más sublimes anhelos humanos, consustancia-

les a la humanidad misma, que en todos los períodos de la historia han permanecido más o menos vivos y agitados, pero siempre latentes, y que han sido el más poderoso acicate en la evolución moral de la humanidad.

Por otra parte, el anarquismo actual ha estado estrechamente vinculado al movimiento obrero característico del proletariado moderno y su historia está tan entretejida con las propias luchas del proletariado, que una historia del anarquismo que abarcara las actividades sociales y los ideales base que le han dado vida en los cien años últimos habría de ser forzosamente una historia, a la vez, de esas luchas proletarias que tanto han caracterizado a la historia general de la humanidad en esos cien años que comprenden la última mitad del siglo pasado y la primera de éste.

Las manifestaciones actuales del pensamiento y la acción anarquistas también son merecedoras de una atención especial en quienes se interesen por buscar los verdaderos fundamentos históricos del anarquismo, y el tema llenaría también muchas páginas que no están a nuestra disposición en estos momentos.

Y terminamos afirmando que esta brevísima excursión sobre los fundamentos históricos del anarquismo sólo podrá servirnos para otear la inmensidad del panorama histórico que se ofrece a quien pretenda estudiar acuciosamente los fundamentos del anarquismo.

GEORGE WOODCOCK

# ALBORES DEL ANARQUISMO

Traducido del inglés

por

L. Castro

**Este texto corresponde a un original escrito expresamente para**

**tierra y libertad**

**y aparecido en los números extraordinarios de esta publicación.**

## I

Los historiadores anarquistas (particularmente Kropotkin, Nettlau y Rocker) han querido encontrar antecedentes a sus propias convicciones entre una gran variedad de escritores y filósofos del pasado. Lao Tzé, Zenón, La Boetie, Fenelón y Diderot figuran entre los predilectos en este sentido. Y Rebelais, por su parte, en el delicioso y caballeresco libro en el que describe la Abadía de Théleme, admite el valor del lema libertario "haz lo que quieras".

Movimientos religiosos enteros, tales como los de los anabaptistas, los husistas, los doukhobors y los esenios han sido injertados con ramas del ancestral árbol del anarquismo; y el tolstoiano francés Lechartier no ha sido el único en afirmar que el verdadero fundador del anarquismo fue Jesucristo y... "la primera sociedad anarquista fue la de los apóstoles".

Yo creo que la búsqueda de los antecesores del anarquismo se obstaculiza por cierta confusión existente entre algunas actitudes

que radican en el núcleo mismo del anarquismo a la par que en otros credos (fe en la honradez esencial del hombre, deseo de libertad individual, rebeldía ante la dominación) que se identifican corrientemente con el anarquismo considerado como movimiento, que aparece en cierta época de la historia, con teorías específicas y métodos y objetivos propios. El núcleo que constituye esas actitudes puede encontrarse retrocediendo en la historia, por lo menos, hasta los antiguos griegos. Pero el anarquismo como tendencia desarrollada, articulada y claramente identificable, aparece solamente en la era moderna de las revoluciones conscientes sociales y políticas. El anarquismo, de hecho, es una doctrina político-social con un específico objetivo encaminado a cambiar la sociedad, pasando de una forma de administración autoritaria a una administración libertaria. Esto significa que no puede aceptarse lógicamente como anarquismo cualquier filosofía moral que pretenda un automejoramiento individual, aunque sus defensores (como algunos de los estoicos) puedan aconsejar para el bien propio el abstenerse de ejercer la autoridad. Ni se puede reconocer como anarquista un movimiento, en principio religioso, que establezca una comunidad de bienes y una igualdad de derechos como normas de vida, pero con el fin de salvar las almas en el otro mundo. Es verdad que el anarquismo tiene una fuerza moral e incluso un elemento

casi religioso, pero solamente la combinación de este elemento con una clara visión social da al movimiento anarquista su especial carácter y su dinamismo peculiar.

La combinación de la moral y la visión social en términos de una crítica radical de la sociedad comienza a surgir, de una forma perceptiblemente anárquica, aproximadamente después del colapso de la Edad Media y la quiebra concurrente de la cristiandad medieval y el orden social del feudalismo. Esta doble quiebra había de conducir, por una parte, al surgimiento del nacionalismo y del moderno Estado centralizado, pero, por la otra, al nacimiento de un impulso revolucionario que desde el principio empezó a desarrollar en su seno las corrientes autoritarias y libertarias cuya división maduró durante el siglo diez y nueve en el conflicto entre el comunismo marxista y el anarquismo.

Al mismo tiempo que la gran disolución de la sociedad medieval tomó aspectos eclesiásticos, sociales y políticos que son difíciles de esclarecer, los movimientos insurgentes retuvieron también, por lo menos hasta el fin del siglo diez y siete, algo de ese triple aspecto. La crítica extrema de la vida social y política de la sociedad durante el Renacimiento y la Reforma no fue impulsada y divulgada sólo por los ateos y los agnósticos de aquel tiempo, que habían de encontrarse generalmente entre las clases cultas superiores, sino más bien por los

fundamentalmente disidentes religiosos, que criticaban lo mismo a la Iglesia que al sistema de autoridad y propiedad privada de la época, basándose en una interpretación literal de la Biblia. En muchas de sus demandas iba implícito el deseo de un retorno a la justicia natural del Jardín del Edén. Cuando el malaventurado sacerdote Juan Ball recitaba en su tiempo la famosa copla:

Cuando Adán cavaba y Eva hilada,
¿Quién era entonces el noble?

Era sintomático el ansia demostrada por una perdida sencillez cuyo eco, tres siglos más tarde, se percibía en los panfletos que Gerard Winstannley y los **Diggers** hacían circular durante la "Comonwealth".

Las demandas de los campesinos que se rebelaron en Inglaterra durante el siglo catorce y los que se rebelaron en Alemania en los primeros años del siglo diez y siete, no eran en sí mismas revolucionarias. Los descontentos querían que terminaran ciertas imposiciones de la clerecía y los señores, la destrucción total de la servidumbre, oprobiosa institución ya moribunda, y solamente algunos dirigentes fueron más allá de estas simples demandas reformistas. Una confianza en el sistema feudal, curiosamente cándida, por lo menos en algunos aspectos, se demuestra por la fe que los campesinos ingleses pusieron en la

palabra del rey aun después del asesinato de Wat Tyler en 1381. Hay un curioso paralelo entre la actitud de aquellos campesinos y la de los incautos rusos que marcharon tras el padre Gapone hacia el Palacio de Invierno en el año 1905 con la esperanza trágicamente ingenua de encontrar, no el plomo que les esperaba, sino la compasión comprensiva del Zar, aquel simbólico Padre de su mundo semifeudal.

Pero entre los dirigentes de las dos revueltas, la inglesa y la alemana, ya aparecen los primeros signos de la crítica de una sociedad dividida en clases y unos anhelos cuya finalidad sería el anarquismo. El fragmento del discurso de Juan Ball que Froissart ha conservado (casi todos conocemos las opiniones de aquel hombre fascinante cuya tempestuosa presencia emerge casi sola de la oscuridad medieval) ataca tanto la propiedad privada como la autoridad y advierte el eslabón inquebrantable que les une, cuyas complicaciones habrían de señalar en un desarrollo teórico admirable los socialistas del siglo XIX.

"Las cosas no pueden ir bien en Inglaterra ni irán nunca hasta que todos los bienes sean poseídos en común y no haya siervos ni señores y todos seamos iguales. ¿Por qué razón ellos, a quienes llamamos señores, obtienen lo mejor de nosotros? ¿Porque lo merecen? ¿Porque nos tienen esclavos? Si todos descendemos de un padre y una madre, Adán y Eva,

¿cómo pueden sostener o probar que ellos son dueños más legítimos que nosotros? ¡Excepto acaso porque ellos nos hacen trabajar y producir a nosotros para gastarlo ellos! Ellos visten de armiño, pieles y terciopelo y nosotros de basto lino. Ellos tienen vinos, especias y buen pan, mientras que nosotros sólo conseguimos pan de centeno, residuos, paja y agua. Ellos tienen magníficas residencias y nosotros las fatigas del trabajo y debemos afrontar la lluvia y el viento en los campos. Y es de nosotros, de nuestro trabajo de donde obtienen los medios para mantener su pompa. Y aún nos llaman siervos y están siempre listos para batirnos si no cumplimos sus órdenes."

Ball denuncia la propiedad privada y pide la igualdad, pero no parece rechazar completamente el gobierno como tal. Durante mucho tiempo observamos aspiraciones a un comunismo igualitario nacido dentro de lo que es aún el armazón autoritario.

En el primer bosquejo literario de una sociedad igualitaria ideal, la **Utopía,** de Tomás Moro (1513), esta sociedad es gobernada por una autoridad complicadamente elegida e impone a sus componentes reglas de conducta extraordinariamente extrictas. Y aunque se han hecho esfuerzos por descubrir elementos libertarios en la revuelta de los campesinos alemanes conducida por Tomás Munzer, y en la comuna de los anabaptistas de Munster,

la práctica de esos movimientos parece desconocer en cada caso actitudes francamente antiautoritarias sugeridas por las declaraciones de sus dirigentes. Munster combatió la autoridad, pero no hizo sugerencias concretas referentes a una sociedad que pudiera prescindir de ella; y cuando intentó establecer su comuna ideal en Mulhausen, nada apareció evidentemente que pueda considerarse como una sociedad anarquista. Engels resumió la situación muy claramente en **La guerra de los campesinos en Alemania**: "En realidad Mulhausen permaneció como una ciudad imperial republicana con una constitución un tanto democrática, con un senado elegido por sufragio universal y bajo «control» de un fórum y proveyendo de alimentos a los pobres de manera inmediata. El cambio social, que tanto aterrorizó a las contemporáneas clases medias protestantes, en realidad nunca fue más allá de un intento prematuro débil e inconsciente de establecer una sociedad burguesa de la última época".

En cuanto a los anabaptistas, sus denuncias de una autoridad terrenal fueron contradichas por sus teocráticas inclinaciones, y en verdad que hubo poca tendencia genuinamente libertaria en el intento de imponer colectivamente el comunismo de Munster, o en la expulsión de la ciudad de aquellos que se negaron a convertirse en anabaptistas, o en la puritana iconoclastía que condujo a destruir los

manuscritos y los instrumentos musicales. Un pequeño grupo de santos anabaptistas parece que ejerció una autoridad un tanto despiadada durante la mayor parte del tiempo de la historia tormentosa de la comuna de Munster, y, al final, Jan de Leyden llegó a ser, no sólo el jefe espiritual sino también el regente temporal de la ciudad, proclamándose Rey de la Tierra, destinado a anunciar la Quinta Monarquía que prepararía la Segunda Vuelta de Cristo.

Analizados desde un punto de vista anarquista, la falta que mayormente se nota en estos movimientos es su carencia de sentimiento de individualismo igualitario. Desprenderse de la medieval tendencia de ver al hombre como un miembro de una comunidad ordenada por Dios presentó un lento proceso, agudizado extremadamente entre el trabajador de la tierra y las clases artesanas (tomados como modelo comunal de la guilda y la vida rural), en las cuales se basaron principalmente las revueltas de los campesinos y el movimiento anabaptista.

Los historiógrafos anarquistas, casi sin excepción, caen aquí en el error de creer que las comunidades primitivas o medievales basadas en la ayuda mutua y toscamente igualitarias por naturaleza, son necesariamente individualistas; cuando lo contrario es, desde luego, lo más frecuente, dado que se inclinan hacia un modelo tradicional en el cual domina el conformismo y, excepcionalmente, algún rencor.

De hecho, en la Europa medieval, la ten-

dencia individualista emerge primero entre las clases cultas de las ciudades italianas durante el "Quattrocento". Aparece como un culto a la personalidad, lo cual no tiene nada que ver con las ideas de reforma social, y en este aspecto más bien conduce al orgullo despótico que al deseo de las diversas realizaciones realmente sociales de los sabios humanistas. Pero, no obstante, ello crea un nuevo interés hacia el hombre, considerado antes como individuo que como mero miembro de un orden social determinado. Y ese sentimiento comienza a impregnar la literatura del sur de Europa desde Dante, y la propia Inglaterra desde Chaucer, hasta que conduce al desarrollo de formas literarias individualistas tales como el drama isabelino, la biografía y la autobiografía y, eventualmente, la novela, todas ellas basadas en un firme y profundo interés en la naturaleza sicológica y emocional del hombre que se mantiene libre.

Paralelamente a esta tendencia secular, las últimas fases de la Reforma culminan en una especie de radicalismo religioso que va más allá de las sectas milenarias, tales como las de los anabaptistas, en la cual, particularmente entre los cuáqueros, se desarrolla un aspecto completamente personalista de la religión, rechazando toda forma organizada y basándose ella misma en la idea de "la luz interior" o, como también dijo Jorge Fox, en la de "Dios en cada hombre", lo que nos lleva muy cerca de algunas ideas anarquistas de justicia y de ra-

zón inmanente. Todas estas tendencias contribuyeron a formar el mundo intelectual del siglo XVII y lo impulsó hacia una consideración profunda de la naturaleza de la libertad. Y es durante la guerra civil de Inglaterra, el primero de los tres grandes movimientos revolucionarios, donde se forma el mundo en el cual el anarquismo emerge eventualmente como doctrina completa y los impulsos reconocidamente libertarios aparecen en la historia de Europa.

Los hombres que lucharon en la guerra civil fueron, mucho más de lo que generalmente se cree, en ambos lados, los herederos del individualismo del Renacimiento. El ejemplo de mayor magnificencia del variante barroco del culto a la personalidad es, seguramente, el "Satán" de Milton. En otro sentido, el mismo nombre "Independientes" sugiere la marea ascendente hacia el énfasis de la consciencia personal como directriz de predilección moral y religiosa; y aquí, de nuevo, con la **Aeropagítica,** Milton saca una conclusión que es más libertaria que liberal. Los cambios económicos y sociales, el auge del capitalismo incipiente y la consolidación de la nobleza terrateniente se orientan en la misma dirección y se combinan para producir un extremo estado de tensión política que conduce, por medio de una rebelión, a la primera dictadura revolucionaria moderna (La de Cromwell, prototipo del Estado totalitario) a la vez que a su contradicción.

El mismo individualismo que condujo a las

clases medias a las luchas políticas y militares para la creación de una oligarquía de clase, disfrazada con ropajes democráticos, produjo entre las capas inferiores inglesas la aparición de los dos movimientos radicales. El mayor de ellos fue el de los "niveladores", antecesores de los "cartistas" y los impulsadores del sufragio universal. Aunque algunos de ellos, como Walwyn, sugirieron la propiedad en común, su demanda, en general, era más bien por la igualdad política que por la igualdad económica, y por una constitución democrática que acabara con los privilegios arrogados a sí mismos por los altos oficiales del Nuevo Ejército Modelo. En curiosa anticipación de la invectiva francesa revolucionaria, un panfletero cromweliano estigmatizaba a los "niveladores" como los "guardias suizos del anarquismo" (1). Pero no fueron los niveladores quienes representaron realmente el ala anarquista del movimiento revolucionario inglés en el siglo XVII. Más bien fue el diminuto y efímero grupo por cuya peculiar forma de protesta social se ganó el nombre de "diggers" (2). Los "diggers" fueron en su mayor parte gente pobre, víctimas del declive económico que causó la guerra civil en la Inglatera de la primera mitad del siglo XVII, y sus demandas, cuando se desenma-

(1) Se refiere a la guardia suiza del Papa de Roma.
(2) Cavadores. Palabra popular de sentido figurado; se aplica a quienes extraen algo útil con mucho esfuerzo.

rañan de la apocalíptica fraseología de la época, fueron esencialmente económicas y sociales. Sentían que habían sido robados por aquellos que continuaban ricos; robados no solamente de sus derechos políticos sino más aún del derecho elemental a los medios de subsistencia. Su protesta era un grito de hambre, y sus dirigentes, Gerard Winstanley, el principal panfletero de los "diggers", y Guillermo Everard, sufrieron ambos las calamidades de los tiempos. Winstanley fue un antiguo mercero de Lancashire que se estableció en el comercio de ropas y se arruinó por la crisis económica. "Fui vapuleado por el Estado y el Comercio y forzado a vivir en el campo mediante el favor de los amigos", dice él mismo. Everard fue un viejo soldado de la guerra civil expulsado del ejército por distribuir propaganda de los "niveladores".

Los "diggers" empezaron a teorizar en .. 1648 y entraron en acción en 1649. El primer panfleto de Winstanley, **La verdad levantando la cabeza sobre los escándalos,** estableció la base filosófica del movimiento como racionalista. Dios, según Winstanley, no es otra cosa que el "espíritu incomprensible, la Razón". ¿Dónde reside la razón? se pregunta él, y contesta: "Reside en el fondo de toda criatura de acuerdo a la naturaleza y modo de ser de la criatura misma, pero supremamente en el hombre. Por lo tanto, el hombre es una criatura racional...". Y añade, anticipándose a Tolstoi: "Esto es el reino de Dios dentro del hombre".

De esta concepción casi panteísta de Dios como razón inmanente, se desprende una teoría de conducta que sugiere, como las teorías de los anarquistas de los últimos tiempos, que si el hombre actúa de acuerdo con su propia naturaleza racional cumplirá con su deber como ente social. "Que la razón gobierne al hombre y éste no se atreverá a abusar de sus congéneres, sino que se conducirá con ellos como se conduciría para consigo mismo. Porque la razón le dice: «Si tu vecino está hambriendo y desnudo hoy, aliméntale y vístele; mañana puedes encontrarte tú en la situación en que él se encuentra hoy y, entonces, él estará dispuesto a ayudarste a tí»". Literalmente, esto es casi cristianismo, pero se acerca mucho al concepto kropotkiniano sobre la ayuda mutua, y en su más importante y radical panfleto, **La nueva ley de rectitud,** Winstanley se destaca con una serie de conceptos que refuerzan nuestra opinión sobre la esencia anarquista de su pensamiento.

Equiparando a Cristo con la "libertad universal", empieza a comprobar la naturaleza corruptora de la autoridad, y aquí es interesante ver cuán profundo y ampliamente demoledor es su ataque, porque, contrariamente a la mayor parte de sus conciudadanos, critica, no solamente el poder político, sino también el poder económico del amo sobre el criado, el poder familiar del padre sobre el hijo y del esposo sobre la mujer: "Todo el que tiene una autoridad en sus manos tiraniza a los otros;

muchos maridos, padres, patronos, magistrados, viven como señores opresores de la carne de aquellos que están bajo su férula, sin querer saber que sus esposas, hijos, sirvientes, súbditos, son criaturas de su misma sangre y tienen el mismo privilegio de participar con ellos en las bendiciones de la libertad".

Pero el "igual privilegio a participar en las bendiciones de la libertad" no es un privilegio abstracto; su conquista va ligada a los ataques al derecho de propiedad. Y aquí Winstanley es muy enfático demostrando el lazo indestructible que une el poder político y el poder económico. "Y que digan todos los hombres lo que quieran —argulle—, mientras ejerzan el mando y llamen suya la tierra usurpando esta propiedad "tuya" y "mía" el pueblo llano no tendrá nunca libertad, ni la tierra estará nunca libre de calamidades, lamentos y opresiones. Por esta razón el Creador de todas las cosas es provocado continuamente".

Si la crítica que hace Winstanley de la Sociedad según la ve él en este punto crucial de su evolución ideológica termina por una repulsa anarquista de la autoridad y de la propiedad, es interesante ver cómo en la clara visión que tiene de la sociedad igualitaria que quiere crear, son expuestos anticipadamente, uno por uno, los aspectos ideales que vislumbraron dos siglos más tarde los anarquistas.

"Cuando esta ley de equidad se despier-

te en cada hombre y mujer —dice—, cuando nadie se atribuya el derecho de decir a ninguna criatura «esto es tuyo y esto es mío; éste es mi trabajo y éste el tuyo», sino que cada cual y todos pongan sus manos en el cultivo de la tierra y crianza del ganado, entonces los dones de la tierra serán comunes para todos. Cuando un hombre tenga necesidad de grano para el ganado, que lo tome del primer granero que encuentre. Que no haya compra ni venta, ferias ni mercados, sino que toda la tierra sea un tesoro común para todos los hombres, porque la tierra es del señor... Cuando el hombre ha comido, ha bebido y está vestido, se siente satisfecho. Todos pondrán alegremente manos a la obra para producir y hacer estas cosas necesarias para todos y cada uno ayudará al otro. No habrá señores imperando sobre los que no lo sean. Cada cual será señor de sí mismo, sujeto a la ley de rectitud, razón y equidad, que laten y rigen en él, que es el Señor.

"El trabajo será hecho en común y todos participarán igualmente de sus productos. No más gobernantes. Vivirá cada uno en paz con los otros de acuerdo a la disposición de su propia conciencia. El comercio será abolido y en su lugar se establecerá un sistema de almacenes abiertos a todo el mundo".

Todo lo que se lee es un bosquejo primitivo de la sociedad comunista anarquista de

Kropotkin, y se reconoce su semejanza cuando encontramos que Winstanley, anticipándose en toda la línea a los pensadores anarquistas, condena el castigo y sostiene que el delito tiene su origen en la desigualdad económica, "porque, seguramente —exclama—, esta propiedad particular **mía** y **tuya** ha producido toda la miseria en el pueblo. Porque, primero, muchos se ven obligados a robar a los otros, luego han hecho leyes para castigar a los que robaron. Empiezan creando condiciones de vida que tienden al pueblo a hacer daño, a robar, y después le castigan. Juzguen todos si esto no es injusto y nocivo".

Winstanley insiste en que el único medio de terminar con la injusticia social es que el pueblo mismo actúe, y se expresa con apolíptico fervor sobre el papel que ha de desempeñar el pobre en regenerar al mundo. "El pobre está levantando hasta él, del polvo de los siglos, un pueblo; es decir, lo está redimiendo del oprobio y del desprecio con que fue tratado hasta ahora por los privilegiados de la tierra... Por todo esto, ante todo debe imperar la Ley de Rectitud".

El pueblo debe actuar, sostiene Winstanley, incautándose de la tierra y laborándola, lo cual representa la principal fuente de riqueza. No cree necesario apoderarse por la fuerza de los latifundios de los ricos. Los pobres pueden fecundizar las tierras yermas —que él estima ocupan dos tercios del país— y tra-

bajarlas en común. Por la experiencia conocerán los hombres las virtudes de la vida comunal y la tierra llegará a ser un "tesoro común" que tendrá por consecuencia la plena libertad de todos los hombres. Lo que Winstanley predica aquí es nada menos que una forma de no-violencia que los modernos libertarios llamamos "propaganda por el hecho".

Las mejores páginas de **La nueva ley de la rectitud** se elevan al nivel del fervor profético. "Y cuando el Señor me muestre —dice Winstanley— el lugar y la manera de abonar y trabajar las tierras comunes, seguiré adelante y declararé, uniendo la acción a la palabra, que como el pan con el sudor de mi frente sin recibir ningún salario ni dárselo yo a nadie, cuidando la tierra, tan libremente mía como de los otros".

El **señor** no se demoró. "La nueva ley de la rectitud" apareció en enero de 1649, y el 1o. de abril, Winstanley y sus compañeros más cercanos iniciaron su campaña de acción directa marchando a Montaña de San Jorge, cerca de Walton-on-Thomas, donde empezaron a roturar la tierra yerma y a sembrarla de trigo, chirivías, zanahorias y alubias. Sumaban un total de treinta a cuarenta hombres, y Winstanley invitó a los labradores locales a que se les unieran, profetizando que en muy breve tiempo su número llegaría a cinco mil. Pero parece que los "diggers" lograron pocas simpatías entre los vecinos pobres y sí una gran

hostilidad entre la clerecía y los terratenientes locales. Fueron combatidos por rufianes a sueldo y multados por los magistrados; su ganado fue dispersado, los semilleros arrancados y las humildes barracas donde intentaron vivir fueron quemadas y arrasadas. Fueron llevados a comparecer ante el general Fairfax, quien fracasó en el intento de intimidarlos. Se enviaron tropas de soldados a investigarles, pero fueron retiradas más tarde, posiblemente porque algunos de ellos demostraron evidente interés por las doctrinas de los "diggers". Durante todos estos meses difíciles Winstanley y sus partidarios eludieron el ser llevados hasta la violencia, que aborrecían. Sus panfletos aparecieron uno tras otro durante 1649, llenos de quejas correctamente expuestas contra un mundo que se negaba a reconocerlos, y enviaron apóstoles a las comarcas vecinas, con algún éxito, evidentemente, toda vez que algunos grupos de indigentes intentaron ocupar en varios lugares las tierras no cultivadas del Home Counties y hasta más lejos, a través del campo, como en Gloucestershire. Pero la resistencia de los "diggers" no era suficiente contra la implacable campaña de persecuciones. En marzo de 1650 abandonaron Montaña de San Jorge y, después de un fracasado intento de establecerse en un terreno comunal del cual fueron expulsados por una turba dirigida por el vicario local, abandonaron definitivamente su intento de ganar a Inglaterra para el comu-

nismo agrario por el poder del ejemplo. Las otras colonias parece que tuvieron una vida aún más corta, y los "diggers", como movimiento, desaparecieron de la escena revolucionaria hacia el verano de 1650.

El movimiento "digger" no dejó herencia ninguna en los movimientos sociales y políticos posteriores, si se exceptúa a los "Cuáqueros", donde algunos militantes "diggers" se refugiaron. Sólo hasta el siglo XIX se reconoció la importancia que tuvo Winstanley como precursor de las ideologías sociales modernas. Por el vigor de sus ideas comunistas, algunos marxistas, como Eduardo Bernstein, han tratado de presentarlo como antecesor del marxismo, pero no hay nada en Winstanley ni en el paraíso campesino soñado y descrito por él en "La nueva ley de la rectitud" que pueda calificarse de marxista. Su comunismo es completamente libertario, y, asilado y sin ninguna influencia, como fue el esfuerzo de Winstanley y sus compañeros por seguir practicando sus principios cultivando Montaña San Jorge,. éste se cimenta en el principio genuina y tradicionalmente libertario de la acción directa.

## II

Parece que no ha habido incidente o movimiento en la Revolución Francesa o en la Americana que presente un esbozo tan profé-

tico del futuro pensamiento anarquista como el que los "diggers" crearon en 1648 y 1649.

Durante el siglo XIX, Estados Unidos y Francia fueron ricos en variedades de teorías y acciones anarquistas. pero las manifestaciones del pensamiento libertario que aparecieron durante las grandes revoluciones del siglo XVIII fueron inconsistentes e incompletas.

Algunos escritores han visto atisbos anarquistas en la democracia de Thomas Jefferson, pero mientras él y algunos de sus seguidores, como Joel Barlow e incluso Aaron Burr, admiraron el libro de Godwin **Investigación acerca de la justicia política,** hay bien poca evidencia en los escritos de Jefferson de que aceptara completamente los puntos de vista expuestos por Godwin y de que fuera nunca algo más que un oponente al excesivo gobierno. Cuando hizo su famosa afirmación de que "el mejor gobierno es el que gobierna menos" no rechazaba completamente la autoridad. Al contrario, pensó que la autoridad podría ser menos nociva si el pueblo participaba en las funciones de esa misma autoridad. "Los pueblos deben participar en la influencia sobre el gobierno", sostiene. "Si cada individuo componente de la masa popular participa en la autoridad básica, el gobierno se sentirá seguro; porque la corrupción de la masa total agotará las fuentes de riqueza particulares".

De pasajes como éstos se deduce claramente que Jefferson, quien difícilmente pudo

prever que los modernos métodos de publicidad serían mucho más corruptores que cualquier otro procedimiento de soborno conocido en la historia, pugnaba por una sociedad a base del sufragio universal en la cual el pueblo sería el propio gobernante en tanto cuanto fuere posible, lo que es una concepción tan opuesta a las ideas anarquistas como cualquier otra concepción autoritaria. Y aunque él hablaba también de "una pequeña rebelión de vez en cuando" como "una buena cosa tan necesaria para el mundo político como las tormentas lo son para el mundo físico", evidentemente que él veía estas "pequeñas rebeliones" más como un correctivo político que como una fuerza revolucionaria, como lo demuestra al decir: "Eso impide la degeneración del gobierno y mantiene una atención constante a los negocios públicos".

Evidentemente, toda la carrera de Jefferson como presidente expansionista, como noble poseedor de esclavos en Virginia, como jefe político fiel a los compromisos, refuerzan el sentido autoritario de sus escritos y rechazan toda pretensión de adjudicarle un sitio en el panteón de los precursores del anarquismo.

Una pretensión mucho más fundamentada sería el adjudicar un puesto en la tradición libertaria a Tomás Paine, cuya vida le convirtió en un símbolo de los ideales comunes que ligaron los movimientos revolucionarios ingleses, franceses y americanos de finales del

siglo XVIII. La extrema desconfianza de Paine en todas las formas de gobierno debió influenciar indudablemente a Goodwin, con quien asoció sus actividades durante los años cruciales de 1789 a 1792, y las discusiones habidas entre ambos sobre los males del gobierno y las citas subsecuentes formaron el meollo del material de **Justicia Política,** que fue la primera gran crítica anarquista del orden social imperante. Paine fue uno de aquellos que pensaron que el gobierno es una necesidad muy desagradable que soportamos por la corrupción de la inocencia original del hombre. En el preciso momento de estallar la guerra americana de independencia, en el histórico panfleto titulado **Sentido Común,** hizo una distinción entre sociedad y gobierno que lo acercó mucho al punto de vista establecido últimamente por Godwin:

"Algunos escritores han confundido de tal forma a la sociedad con el gobierno que han llegado a identificarlos completamente; y lo cierto es que no solamente son diferentes, sino que tienen distinto origen. La sociedad existe por nuestras necesidades, y el gobierno por nuestra perversidad; la primera favorece **positivamente** nuestra felicidad, uniendo nuestros afectos, el último **negativamente,** restringiendo nuestros defectos. Una anima nuestras relaciones mutuas, el otro crea distinciones. Aquélla nos protege; éste nos castiga".

"La sociedad es una bendición en cualquier estado, pero el gobierno, aún en su mejor estado, no es sino un mal necesario; en su peor estado es un mal intolerable; porque cuando sufrimos o estamos expuestos (por causa del gobierno) a las mismas miserias que podemos esperar en un país sin gobierno, nuestra calamidad se nos hace mayor pensando que nosotros mismos proveeremos los medios para que se nos haga sufrir. El gobierno, como el vestido, es la señal de la inocencia perdida; los palacios de los reyes están construidos sobre las glorietas del paraíso."

En Paine, la desconfianza en el gobierno fue persistente; probablemente que esas desconfianzas aumentaron por las dificultades que encontró incluso con gobiernos revolucionarios, debido a su personal honradez. Diez y seis años más tarde, en "Los derechos del hombre", opone a las reivindicaciones del gobierno la influencia benéfica de los impulsos instintivos naturales y sociales que sirvieron más tarde a Kropotkin para escribir su **Apoyo Mutuo.**

"Gran parte de aquel orden que reina en el género humano —arguye— no es efecto del gobierno. Tiene su origen en los principios propios de la sociedad y en la constitución natural del hombre. Existió con anterioridad al gobierno y existiría si fuese abolida la formalidad del gobierno. La dependencia

mutua y el interés recíproco que el hombre tiene sobre el hombre y cada una de las partes de la comunidad civilizada sobre las demás crea la gran cadena que las conecta y las mantiene firmemente unidas. El terrateniente, el labrador, el manufacturero, el mercader, el comerciante y toda ocupación prosperan por la ayuda que cada una recibe de la otra y del conjunto. El interés común regula sus empresas y forma sus leyes y reglamentos; y las leyes que el uso común establece tienen una influencia mucho mayor que las leyes establecidas por el gobierno".

En la misma obra, como lo hiciera Godwin en la suya, habla del gobierno como una rémora a la "natural propensión a la sociedad"; y siempre con palabras que nos recuerdan la introducción de **Investigación acerca de la justicia política** afirma que "cuanto más perfecta es una civilización, menos propicia es para tener un gobierno, porque cuanto más se debilita o se inhibe éste, aquella regula sus propios asuntos y se gobierna a sí misma". Aquí tenemos el mismo punto de vista que ya hemos visto que caracteriza al anarquista típico: insiste en lo pernicioso de la situación con un presente dominado por el gobierno, mira con nostalgia hacia atrás añorando la edad de oro del paraíso perdido de primitiva inocencia y se adelanta a profetizar un futuro cuya sencillez civilizada reconstruirá la edad de oro

de la libertad. En temperamento e ideales, Paine se acercó mucho a los anarquistas. Solamente su falta de optimismo en un futuro inmediato y previsible le impidió ser uno de ellos.

La falta de expresiones originales del anarquismo en la revolución americana es debida quizá a la ausencia de divisiones internas que separaran a los "diggers" de los grandes en la revolución inglesa. Durante la guerra de la independencia tales divisiones fueron enmascaradas en gran parte por la urgencia de liberarse de la opresión interior, y sólo se hicieron evidentes durante el siglo XIX.

De otro modo ocurrió en la Revolución Francesa, donde el choque entre las corrientes autoritarias y libertarias fue violento. Por aquel tiempo estaba fuera de lugar el encuentro entre los socialistas libertarios y los autoritarios que aconteció en el siglo XIX. Los antecesores de las dos fracciones fueron derrotados en las luchas separadas que sostuvieron contra la autoridad establecida por las triunfantes facciones burguesas; primero, los "enragés" acaudillados por Jaime Roux fueron aplastados por los jacobinos, aunque no fueran completamente eliminados; luego Babeuf y sus compañeros en la conspiración de "los iguales" a quienes los marxistas llaman con toda justeza sus precursores, fueron destruidos por el Directorio de 1797. Hasta la gran contienda entre los bakuninistas y los marxistas, que escindió a la Internacional casi ochenta años

después, los descendientes ideológicos de Jaime Roux y Graco Babeuf no habrían de encontrarse finalmente para este interminable combate en que se hallan enfrascados los socialistas libertarios —anarquistas— y los socialistas autoritarios —marxistas—.

Kropotkin dedicó uno de sus más eruditos libros, **La Gran Revolución,** a una interpretación de los movimientos populares que jugaron una parte en los tormentosos años de 1789 al fin del dominio jacobino en el 9 termidor, 1793. Su inclinación anarquista le llevó a destacar con vigor enorme los elementos libertarios que actuaron durante ese período, pero ello le proporcionó también la oportunidad de ver estereoscópicamente los acontecimientos de la Revolución, apercibiéndose de los altos relieves de las causas económicas y sociales más bien que por los bajos y casi nulos relieves de una mera lucha entre las personalidades y los partidos políticos.

Evidentemente que podemos seguir a Kropotkin cuando ve en la Revolución la emergencia de un número considerable de ideas y tendencias que habían de cristalizarse eventualmente alrededor del núcleo del anarquismo del siglo XIX. Condorcet, uno de los grandes sembradores de ideas de la época, que creyó en el progreso indefinido del hombre hacia una libertad sin clasificaciones, había lanzado (desde donde se ocultaba de los verdugos jacobinos) la idea de la **mutualidad,** que fue una

de las columnas del anarquismo de Proudhon. Condorcet concibió la idea de una gran ayuda mutua entre los tradabajores que les salvaría de los peligros encarnados en las crisis económicas, durante las cuales, sin esa ayuda mutua, se verían forzados a vender su trabajo a precios de hambre.

La otra columna del proudhonismo, el federalismo, fue motivo de muchas discusiones e incluso de experimentos durante la Revolución. Los girondinos la concebían como un expediente político. Mientras que los comuneros de París de 1871 veían en la república federal un medio de salvar a París de una Francia reaccionaria, los girondinos imaginaban que se podría salvar a Francia del dominio de un París jacobino. Un federalismo más genuino y práctico que el que surgió de entre las varias instituciones revolucionarias semi expontáneas de aquel tiempo; primero en los "distritos" o "secciones" en que había sido dividida la capital con propósitos electorales y en la cual se alzó la Comuna de París, y más tarde en la red de "Sociedades Populares" y "Fraternidad", así como en los Comités Revolucionarios, que tendían a ocupar los puestos de las secciones cuando se convertían en órganos políticos y dominados por los jacobinos.

En relación con esto Kropotkin cita un párrafo de las "Actas de la Comuna", de Sigismundo Lacroix, describiendo la marcha hacia la independencia en forma unificada, lo

cual fue evidente en la primitiva organización de la Comuna.

"El estado de ánimo de los distritos... se explica por sí mismo por un fuerte sentimiento de unidad comunal y por una tendencia no menos fuerte hacia un autogobierno. París no quizo ser una federación de sesenta repúblicas cortadas al azar cada una de ellas en su propio territorio; la Comuna es una unidad compuesta de sus distritos unidos... Pero al lado de este principio aceptado sin discusión otro principio fue puesto en evidencia: que la Comuna debe legislar y administrarse a sí misma directamente tanto como le sea posible. El gobierno por representación debe quedar reducido al mínimum; todo lo que la Comuna puede hacer directamente debe ser hecho por ella, sin ningún intermediario, sin ninguna delegación, si no puede ser hecho por los delegados reducidos al papel de comisionados especiales, actuando bajo la fiscalización incesante de aquellos que les encomendaron la comisión... El derecho final de legislar y administrar para la Comuna pertenece a los distritos, a los ciudadanos reunidos en la asamblea general de los distritos".

En tal organización Kropotkin ve una previa expresión de "los principios anarquistas", y de aquí concluye que estos principios "tuvieron su origen, no en especulaciones teóricas,

sino en los **hechos** de la Gran Revolución Francesa". "Pero aquí, de nuevo, su ansiedad por probar los orígenes populares del anarquismo le hace caer en la exageración. Lo que él omite es el hecho de que "el derecho de legislar" aún existe, aun cuando haya sido puesto al nivel de las asambleas generales; el pueblo **gobierna.** Por eso debemos considerar a la Comuna de los años revolucionarios como un intento de democracia directa más bien que como una manifestación anarquista. Esta discrepancia está apoyada por el hecho de que los hombres a quienes la Comuna lanzó como dirigentes (hombres como Hebert, Chaumette y Pache) eran simplemente revolucionarios, que aceptaban el Estado, apoyaron el terror y propugnaron tácticas que no tenían nada de libertarias ni los distinguían esencialmente de Dantón y Robespierre, los rivales que, eventualmente, les destruyeron. La comuna no fue anarquista en ningún sentido real, pero sí fue efectivamente federalista, y aquí se anticipó a Phoudhon al desarrollar un tanto esquemáticamente la especie de armazón en el cual él pensó que podría desenvolverse una sociedad anarquista.

Pero tenemos que mirar más allá del mutualismo de Condorcet y el federalismo de la Comuna para encontrar los elementos realmente anarquistas en la Revolución Francesa. Kropotkin se preocupó tanto de seguir las huellas

de las manifestaciones populares que se descuidó injustamente de las individualidades que demostraron una actitud más genuinamente anarquista sobre los acontecimientos de su tiempo. En la **Gran Revolución Francesa** dedicó escasa atención a Jaime Roux, Juan Varlet y los otros "enragés", y en el esbozo de prehistoria anarquista que aparece en **La ciencia moderna y el anarquismo** ni siquiera los menciona. Sin embargo, si hay verdaderos antecesores del anarquismo en la Revolución Francesa es entre estos valerosos intransigentes donde debemos encontrarlos, por muy fracasados e históricamente oscuros que hayan sido.

El movimiento de los "enragés" apareció durante el año 1793 y corrió como un torbellino intermitente a través del año del terror. Como el movimiento de los "diggers" durante la guerra civil inglesa, surgió en el momento del retroceso económico; en su mayor parte fue una respuesta a las penalidades de los pobres pueblos de París y de Lyon, aunque fue también una reacción contra las distinciones sociales y económicas que caracterizaron el endurecimiento del poder que iba adquiriendo la ascendente clase media.

Los "enragés" no eran un partido según el moderno sentido de la palabra. No tenían organización ni convinieron en una táctica común. Eran un grupo suelto de revolucionarios mentalmente afines que cooperaban entre sí de la manera más rudimentaria, pero que estaban,

no obstante, de acuerdo en rechazar la concepción jacobina del Estado autoritario y que abogaban porque el pueblo actuara directamente a la vez que veían en las prácticas de la distribución igualitaria de la riqueza una mejor forma de terminar con el sufrimiento de los pobres que con los procedimientos de acción política propiamente dicha. La acusación que lanzaron los jacobinos contra Roux de que dijo que "debe ser proscrita toda clase de gobierno" es cierta, ya que en eso estaban completamente de acuerdo todos los "enragés".

Jaime Roux, el más celebrado de todos ellos fue uno de los sacerdotes que actuaron en la Revolución; era un clérigo de la comarca a quien ya antes de 1790 se le había acusado de incitar a los campesinos de su distrito a quemar y saquear los castillos de los terratenientes que intentaban hacer prevalecer sus derechos feudales. "La tierra pertenece por igual a todos" se decía que dijo a sus feligreses. Continuó siendo sacerdote aún después de la Revolución, en la cual creyó ver un reflejo del espíritu puro del cristianismo. Una vez definió su misión como la de "hacer a todos los hombres iguales entre sí, como lo son en toda la eternidad ante Dios". Pero es difícil creer que un hombre del temperamento y la actitud de Roux permaneciera siendo un ortodoxo católico romano, y es muy probable que su idea de Dios fuese muy semejante a la que tenía Winstanley.

La sinceridad de Roux fue la causa de que fuera tan pobre como el más estricto de los ascetas cristianos, y su compasión por los trabajadores del barrio de Gravilliers de París, donde vivía, parece haber sido una de las causas de su radicalismo extremo. Había, además, un rasgo de duro fanatismo en su carácter que le llevó a cometer, por lo menos, una acción que lamentablemente manchó su memoria. Mientras Tomás Paine intercedió por la vida de Luis XVI, Roux era uno de los encargados de atestiguar la ejecución del rey. Antes de dejar la prisión, Luis, viendo que Roux era un sacerdote, le preguntó si podía confiarle su testamento, Roux replicó fríamente: "Yo estoy aquí solamente para llevarte al patíbulo". Y, sin embargo, el hombre que miró con satisfacción la ejecución del rey como viva manifestación de la autoridad, tenía que protestar más tarde desde su propia celda de la prisión contra las brutalidades que el Terror infligía a hombres y mujeres cuyo único crimen consistía en el rango a que pertenecían por su nacimiento.

Desde el principio Roux fue activo en la vida revolucionaria de París. Frecuentó el club de los cordeleros, y en mayo de 1792 ocultó a Marat en su propia casa, una acción que no le sirvió para librarse más tarde de los ataques del propio autodenominado "amigo del pueblo". Fracasó como candidato a la Conven-

ción y eventualmente llegó a ser miembro del Consejo General de la Comuna.

Pero no fue hasta fines de 1792 cuando Roux empezó a mostrar el extremismo de las opiniones que desarrolló mientras trabajaba entre los zapateros y carpinteros de Gravilliers, que fueron sus más próximos asociados. El fracaso de la Revolución en satisfacer las demandas que él le había hecho durante su primer año pesaba mucho en su mente, y pronunció un discurso por entonces en el cual expresó por primera vez sus tendencias anarquistas declarando que "el despotismo senatorial es tan terrible como el cetro de los reyes, porque condena al pueblo sin que él se de cuenta de ello, le hace víctima de brutalidades y le subyuga con leyes que ellos mismos se suponen que han hecho". Durante las turbulentas semanas que siguieron, cuando los peticionarios aparecieron en el foro de la Convención en demanda del "control" de precios y el pobre pueblo de Cravilliers se amotinó contra los tenderos. Roux los defendió y hasta jugó un papel importante en la incitación de la revuelta.

Fue durante marzo de 1793 cuando a Roux, cuya notoriedad iba en aumento, se le unió un joven orador revolucionario, Juan Varlet. Como Roux, Varlet era un hombre culto. Venía de buena familia, había estudiado en el colegio de Harcourt, y el surgir la Revolución tenía una modesta renta privada así como también un puesto en el servicio civil. La Revolu-

ción lo llenó de entusiasmo desinteresado, de esa especie de entusiasmo que puede tornarse en amargura cuando se frustran las esperanzas. Llegó a ser un orador popular; entonces, en marzo de 1793, se destacó iniciando los primeros ataques a los girondinos. Pero de la misma manera como detrás de la agitación sobre los precios que promovía Roux quedaba la idea de una posesión común de la propiedad, así, tras los ataques de Varlet al grupo más conservador de la Convención quedaba una condenación general a la idea de gobierno por representación. En cada caso los jacobinos, comprobando el clamor popular de las demandas de los "enragés", se aprovecharían de ellos para utilizarlos para sus propios propósitos políticos.

Aunque no hay evidencia de que Varlet y Roux hubieran colaborado previamente (efectivamente, hay algunas razones para creer que estos dos populares agitadores se recelaban mutuamente), en junio de 1793 se reunieron con el fin de promover una nueva agitación contra el costo de la vida, y Roux pronunció una serie de discursos en los cuales no solamente denunció la estructura de clase que le revolución permitió sobrevivir ("¿Qué es la libertad cuando una clase de hombres mata de hambre a otra clase?"), sino que sugirió también que la ley protege la explotación, la cual "prospera a su sombra". Porque no confiaba en los legisladores, pidió que la condena de los agiotistas se escribiese en la constitución de tal modo que

no pudieran anularla los gobiernos con su intromisión.

La agitación de los "enragés" continuó a todo lo largo del año 1793. Se unieron a ellos Teófilo Leclerc, de Lyon, y la belleza y culta actriz Claire de Lacombe con su organización de mujeres, la "Sociedad de Republicanas Revolucionarias". Al mismo tiempo, la hostilidad de los jacobinos se estrechaba en torno a ellos, particularmente cuando sus voces se alzaban contra el Terror organizado por el Estado. Los discursos de los "enragés" y sus efímeros periódicos **"El Publicista"**, de Roux y **"El Amigo del Pueblo"**, le parecían a Robespierre tan antigubernamentales como nos parecen a nosotros hoy y no tuvo intención de tolerar indefinidamente una tal propaganda. Roux y Varlet fueron detenidos; la "Sociedad de Republicanas Revolucionarias" fue suprimida, a pesar de una tumultuosa manifestación de seis mil mujeres. Roux fue llevado ante el tribunal revolucionario, y, convencido de que su muerte era inevitable, se burló de la guillotina suicidándose penosamente. "No me quejo del tribunal —dijo antes de morir—; ha actuado de acuerdo con la ley. Pero yo he actuado de acuerdo con mi libertad". Morir colocando la libertad por sobre la ley fue la muerte de un anarquista.

Aún fue reservado a Varlet, que sobrevivió al Terror, establecer explícitamente las conclusiones anarquistas deducidas del movimien-

to de los "enragés" sobrevivientes. Varlet fue testigo de la subsecuente tiranía del Directorio, y lleno de ira publicó lo que debe considerarse como el primer manifiesto anarquista aparecido en la Europa continental. Su propio título era "Explosión" y en la portada lleva un grabado mostrando nubes de humo y llamas despedidas de una estructura clásica que estaba ardiendo, y sobre el grabado este epitafio: "Perezca el gobierno revolucionario antes que un principio".

Enjuiciando los años de la revolución, Varlet declara que "el despotismo ha pasado de los palacios de los reyes al círculo del comité. No es el manto real ni el cetro, ni la corona por lo que se hacen odiar los reyes, sino por la ambición y la tiranía. En mi país solamente ha habido un cambio en los hábitos". "¿Por qué razón —pregunta Varlet— un gobierno revolucionario había de convertirse de este modo en una tiranía como el poder de un rey? En parte —replicaba— porque la intoxicación del poder hace desear a los hombres tenerlo siempre en las manos. Pero en esta cuestión hay algo más que la simple debilidad de los hombres, hay una contradicción dentro de la misma institución del gobierno. ¡Qué monstruosidad, qué pieza maestra de maquiavelismo es de hecho este gobierno revolucionario! Para cualquier ser razonable, gobierno y revolución son incompatibles, a menos, en último caso, que el pueblo quiera constituir los órganos del poder en in-

surrección contra ellos mismos, lo cual es demasiado absurdo para creerlo".

Aquí, al final justamente de su movimiento, el último de los "enragés" aclara sus implicaciones. Es instructivo observar cuán tardíamente estos primeros libertarios franceses llegaron a rechazar abiertamente el gobierno. Aún comparándolos con Winstanley, es notable su falta de un programa definido o filosofía. Pero es que su tiempo fue breve (algunos tumultuosos meses de acción) y trabajaron demasiado cerca del centro de la revolución que ellos mismos ayudaron a desencadenar, para que sus ideas cristalizaran con precisión en tal período. Winstanley fue capaz de estar al margen de los acontecimientos y formular sus teorías tanto como sus conocimientos se lo permitieron, y entonces proceder a la acción con una filosofía que le inspirarían sus hechos.

A fin de cuentas, la Revolución Francesa no fue tan improductiva de pensamiento anarquista como puede parecer por esta relación. En el mismo año que Juan Varlet publicaba su "Exposición" Guillermo Godwin publicaba en Inglaterra el primer gran tratado de los males de gobierno —y también la primera amplia declaración de los principios del anarquismo— **Investigación acerca de la justicia política.** Y es dudoso que **Investigación acerca de la justicia política** hubiera sido concebida si la Revolución Francesa no hubiera ocurrido cuando ocurrió.

Se termi-
nó de imprimir
este primer tomo
de la Colección Histo-
ria del Anarquismo, el día 14
de noviembre de 1961, en Impre-
sora y Editora Mayo, S. A., Prolon-
gación de Manuel M. Flores, 281, México,
D. F., siendo su tirada de 2,000 ejemplares.

# EDICIONES Tierra y Libertad

| | |
|---|---|
| LUISA MICHEL (La virgen roja). — F. Planche | $ 8.00 |
| EL BOLCHEVISMO HEREDERO DEL NAZISMO. — Albert Jensen | „ 1.00 |
| LA INCOGNITA DE INDOAMERICA. — Víctor García | „ 1.00 |
| ESTADO Y ANARCOSINDICALISMO. — Ocaña Sánchez | „ 1.50 |
| ¿QUE ES EL ANARQUISMO? — B. Cano Ruiz | „ 1.00 |
| ESPAÑA, EL MOVIMIENTO LIBERTARIO Y LOS TRAIDORES. — A. G. Nieto | „ 1.00 |
| CARTAS SOBRE RELIGION. — Francisco S. Figola | „ 2.00 |
| LA ENSEÑANZA LAICA ANTE LA RACIONALISTA. LA ESCUELA MODERNA. — Costa Iscar y B. Cano Ruiz | „ 2.00 |
| EL HOMBRE CREO A DIOS. — Anónimo. (el ciento) | „ 15.00 |
| RONDA DE LA LUNA. — Campio Carpio | „ 5.00 |
| ESCARCEOS SOBRE CHINA. — Víctor García. (En prensa. Un volumen de unas 300 páginas). | |






SUPLEMENTOS EXTRAORDINARIOS QUE APARECEN TRIMESTRALMENTE CON LA COLABORACION DIRECTA DE LAS MEJORES PLUMAS DEL ANARQUISMO INTERNACIONAL DESARROLLANDO LOS TEMAS DE MAS PALPITANTE ACTUALIDAD Y LOS PROBLEMAS DE MAS ENVERGADURA EN EL PENSAMIENTO ANARQUICO.